

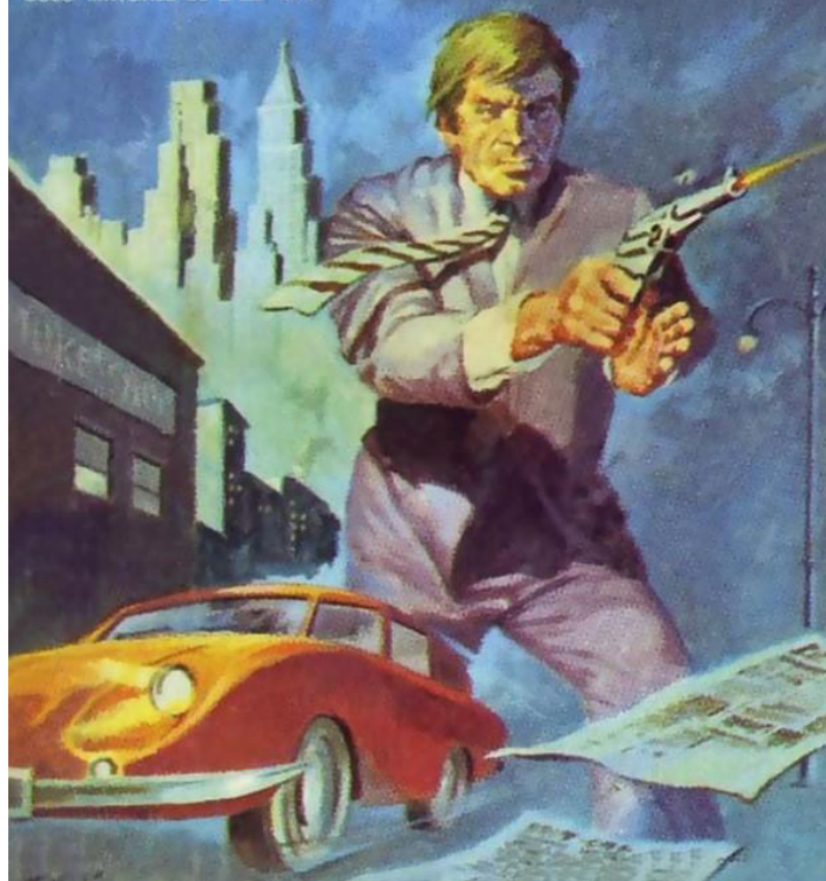
BOLSILIBROS
BRUGUERA

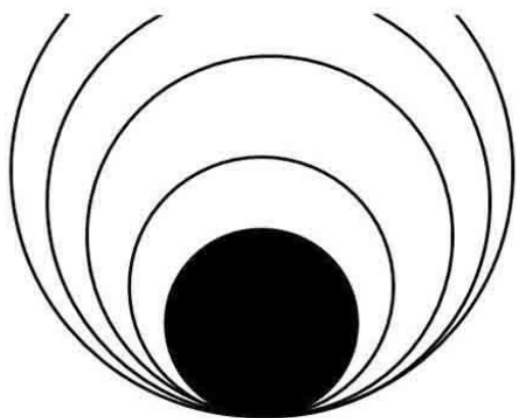
PUNTO
ROJO

AQUEL TAPADO DE ARMIÑO

Frank Caudett

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



FRANK CAUDET

AQUEL TAPADO DE ARMIÑO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.003
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 16.151 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1981

© Frank Caudett - 1981

texto

© Martín - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1981

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

977 — Por sus muertos los conoceréis.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.607 — «Rouge Baiser».

En Colección CALIFORNIA:

1.290 — Lo que el viento nos dejó.

En Colección KANSAS:

1.203 — «Profesional» Joe.

En Colección BUFALO:

788 — «Impasible».

En Colección COLORADO:

1.204 — Kichi-Manitú..., whisky..., sangre.

En Colección BISONTE:

1.056 — Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

503 — Plomo en la amistad.

En Colección SALVAJE TEXAS:

637 — Memorándum para un sheriff.

En Colección ASES DEL OESTE:

490 — Odio.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

449 — Pañuelo azul.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

536 — Gentil, pero con revólver.

PRÓLOGO

1

ASEDIO Y COACCIÓN

—¿Pero tú... qué es lo que quieres de mí, Stacy? —inquirió ella con inflexión seca, casi despectiva, en la que vibraba un matiz entre autoritario y despótico—. ¿Qué te otorgue patente de corso para actuar en mi persona y cuerpo como a ti te venga en gana? ¿Es eso lo que pretendes?

El, al menos por el momento, no perdió la compostura.

—No —respondió—. No es eso, Eva. Tú sabes con exactitud lo que quiero, pero no te esfuerzas lo más mínimo en comprenderme.

Una sonrisa burlona, acre, se dibujó en los carnosos labios de la fémina.

Inquirió con hiriente ironía:

—¡Ah...! ¿Es que tengo la obligación de comprenderte?

Stacy Morrison hizo un esfuerzo por dominar sus emociones. Anunció:

—Nadie puede obligarte a nada y yo no estoy haciéndolo. Más bien diría que estoy tratando de suplicarte... que me estoy casi humillando ante ti, actitud a la que no estoy acostumbrado.

Se encontraban ambos en el despacho que Stacy Morrison, como regente y administrador, tenía en el Blue Jeans, *night-club* situado al norte de Manhattan, de cierta clase y elegancia, al que se había dotado de un carisma señorial y por cuya pista desfilaban atracciones musicales muy del momento dentro de todas las facetas y estilos y al que solían asistir cada noche un nutrido número de

clientes, con clase también y sobre todo con dinero.

El Blue Jeans era propiedad de Morrison en sociedad con Malcolm Stewart quien, por sus obligaciones como miembro de la asociación de joyeros de Nueva York, que le llevaban de un lado para otro de la geografía estadounidense de convención en convención, había delegado en su socio cuánto hacía relación con el funcionamiento comercial y administrativo del club nocturno.

Eva Locke, una vez más, miró a su interlocutor con patente desprecio.

—¿Humillado... dices? ¿No crees que es a mí a quién humillas con tus veladas proposiciones? Porque tan siquiera tienes la valentía de hacerlas abiertamente.

Tenía los labios apretados, la tez lívida y una expresión de impotencia que poco a poco se iba trocando en rabia difícilmente contenida.

—Sabes que te amo, que te deseo fervientemente por encima de todo, Eva. Pero tú te complaces burlándote de mí, despreciándome, haciéndome sentir tu superioridad, satisfecha ante el hecho concreto de mi pasión a la que correspondes con frases hirientes y ambiguas.

—No estás hablando con una chica casadera y caprichosa, Stacy, sino con la esposa de tu amigo y socio a la que debes el mayor de los respetos.

Stacy Morrison la miró con ira y admiración al mismo tiempo. Recorrió de pies a cabeza la ágil y estilizada silueta de Eva, deteniéndose en los relieves más significativos de su escultural y elegante anatomía. Su cutis era terso y fresco como el rocío de la mañana, blanca la piel y perfecto el óvalo que daba albergue a unas facciones más que correctas con suaves pinceladas de exotismo patentes especialmente en el trazo elíptico de sus órbitas que encerraban unos preciosos y enormes ojos verdes y también en la húmeda carnosidad de sus labios gruesos, brillantes por el rojo que los coloreaba, tiernos, apetitosos, que hacían volar la imaginación hacia el paraíso que debía suponer el saborear un beso en ellos.

No había en su cuerpo esbelto rotundidades exhaustivas ni procaces, pero sí el trazo de una arquitectura suave y grácil, atractiva por su misma sencillez en la que destacaba la pujante y tenue agresividad de unos pechos firmes y bien dibujados. Vestía

muy de acuerdo con su figura añadiendo a la carne tersa y fragante, apetecible, un vestido largo en muselina bordada de piedrecitas en tonos de rosa y blanco que se sujetaba a sus desnudos hombros con dos finas tiras que dejaban al descubierto la amplitud de un sugestivo escote y brindaba los atisbos de la canal umbría y bien dibujada que distanciaba la alzante perfección de sus senos.

Del hombro derecho, con intencionado descuido, colgaba hasta casi la rodilla un tapado de armiño.

—Tú no te das a respetar y yo, pese a lo que digas, te respeto. Sabiendo lo que sé, otro en mi caso descubriría sus cartas y las proposiciones sí serían entonces directas y humillantes. Podría obligarte a que accedieras a mis pretensiones... ¿no te has parado a pensarlo, Eva?

El rostro de la mujer se congestionó.

—¿Sabes lo que estás diciendo, desgraciado?

El tono peyorativo con que Eva había pronunciado la última palabra, el matiz con que había impregnado el ofensivo calificativo desgraciado, alteró por completo las buenas maneras que hasta entonces había intentado mantener Stacy Morrison quien, vibrando de ira y crispadas sus facciones en una mueca de rabia que no trató de disimular, soltó un sonoro puñetazo sobre la mesa que hizo retumbar las paredes de la estancia.

—¿Y sabes lo que eres tú... lo sabes? ¡Una vulgar ramera con aires de señora que trata de cubrir la vergüenza y el oprobio que está haciendo caer sobre el apellido de ese marido del que tanto alardea y que exhibe ante mí como escudo protector de su virtud... con un tapado de armiño! Aunque supongo que para acostarte con ese cantante de tangos tan vulgar como tú misma debes quitarte el tapado, ¿no?

Eva había palidecido. No eran la rabia y la ira las que componían la expresión de su rostro, sino el odio.

—¡Te prohíbo...!

—¡Cállate, estúpida! Vas a escuchar todo lo que tengo que decirte sin interrumpirme, de principio a fin. ¿A quién quieres engañar, pordiosera de la lujuria? Te revuelcas entre blancas sábanas con ese don nadie nacido y criado en los barrios bajos de Buenos Aires, entre prostitutas, delincuentes, «macarras» y drogadictos, que ha venido a Nueva York con ansias de imitar a

Gardel y el propósito claro de explotar su físico de gigolo con cualquier idiota como tú. Supongo que hasta debes darle dinero, ¿verdad? Ni el armiño ni las colchas de encaje son suficientes para cubrir tu bajeza. Yo soy poco para ti, yo tengo que respetar el nombre y la dignidad de tu marido mientras tú la pisoteas en los brazos de ese sucio arrabalero al que has entregado tu cuerpo y tu alma.

Eva, sin más, abofeteó violentamente el rostro de Morrison.

—Te vas acordar de esto, Stacy. ¡Te lo juro!

—Tú te acordarás, maldita furcia. He mantenido a ese mediocre imitador en el espectáculo porque en mi frustración y desespero era la única forma de saber que vendrías aquí cada noche bajo el pretexto de seguir la marcha del local... y ello me hacía abrigar esperanzas de que podría convencerte...

—De que me acostara contigo, ¿no? ¡Pobre imbécil! Prefiero arrastrar la vergüenza y el oprobio hasta la cama en compañía de ese arrabalero al que odias y desprecias profundamente porque sabes que me tiene loca y enamorada hasta la desesperación, antes de permitirte a ti que tan siquiera mires mi cuerpo con la mejor intención. ¿Te enteras de una vez por todas, repugnante estúpido?

Morrison se aferró con ambas manos al borde de la mesa, con tal fuerza que los nudillos le blanquearon.

—Malcolm se enterará de todo, perra. Porque no eres más que eso, una sucia, despreciable y caliente perra. Y a ese cerdo donjuanesco que te emboya y pone en celo con frases y tangos sentimentales... que mejor podría cantárselos a tu marido porque no en vano algunos dicen que el tango es el lamento del cabrón, ese «macarra» de vía estrecha, ¡te juro que lo hundiré por los restos!

—Si te atreves a hacerle daño, a tocarle un solo cabello, Stacy...

—rugió ella como la hembra que en la selva defiende violentamente a su macho—. ¡Te mataré con mis propias manos!

Y salió de la estancia acto seguido dando un tremendo y monumental portazo.

—¿Qué ha sucedido, Eva?

Salía del tocador en donde había tratado de serenarse y recomponer su aspecto.

—Nada, Maggie. ¿Por qué lo preguntas?

—Por la sencilla razón de que soy tu hermana y difícilmente

puedes engañarme —respondió la otra—. Stacy ha vuelto a la carga, ¿verdad?

Eva Locke dirigió sus pupilas de tonalidad esmeralda rectamente a las de Maggie encontrando en su rostro de facciones vulgares y poco agraciadas un rictus de evidente preocupación. Eran la antítesis una de otra. Maggie no tenía nada que agradecerle a la madre natura porque había sido muy poco generosa con ella, antes bien muy tacaña, pues la había privado de esos atributos esenciales en forma de belleza que toda mujer desea para sí. Puede que la carencia de hermosura y espectacularidad física estuviese compensada en Maggie con otras virtudes como podían ser la bondad, el espíritu de sacrificio, la abnegación, el saber comprender a los demás especialmente a su hermana Eva pero, en el fondo, esos adornos morales venían a ser algo así como la agonía de los peces fuera del agua, la obligación forzosa a resignarse, el cántico a la frustración. La mayoría de las mujeres estaban dispuestas a renunciar a esos valores a cambio de un mínimo de atractivo físico que les permitiese caminar por la jungla de la vida despertando la admiración, el deseo e interés de los hombres.

Puede que la propia Maggie, pese a haber aceptado su suerte con estoicidad, formase parte, sin saberlo, de esa mayoría que en cualquier momento y al primer instante estaban dispuestas a la renuncia y el cambio.

A veces la bondad, la comprensión y el saber resignarse con compostura, son la única alternativa, el recurso final a que se aferran los desheredados de la fortuna física. Dorian Gray y Fausto vendieron su alma al diablo a cambio de algo. ¿Cuántos seres humanos estarían dispuestos a venderla por un poco de hermosura externa?

Quizá no era exactamente el caso de Maggie Locke.

—Sí, ha vuelto —respondió Eva, tras el largo paréntesis de silencio, que habían empleado en caminar juntas hacia el velador cercano a la pista del Blue Jeans donde tenían por costumbre acomodarse casi cada noche. Agregando—: Y con mayor virulencia que nunca. Me ha amenazado con explicarle a Malcolm lo que hay entre Carlos Héctor y yo... Incluso ha dicho que va a perjudicarlo gravemente.

—¿Matar a Carlos...?

—Algo parecido, Maggie. Debo confesarte que estoy muy asustada.

—Eva... —musitó la otra con un hilo de voz como si temiera la reacción de su hermana frente a las palabras que iba a pronunciar —, creo que estás llevando demasiado lejos tu romance con Carlos Héctor. Te has dejado arrastrar por la vehemencia de tus sentimientos y lo vuestro se ha convertido en una bola de nieve que acabará desencadenando un alud. Y tú, hermana, serás la única y principal perjudicada. Estás arriesgando tu buen nombre y tu posición social por un hombre que ni tú misma sabes si en realidad lo merece. Jamás he interferido en tu vida y menos en tus decisiones, pero por el bien que te quiero, haría todo cuanto estuviese en mi mano para conseguir que terminarás con ese enojoso asunto.

—¿Vas tú también a sermonearme?

Una pincelada de tristeza descendió sobre los rectos labios de Maggie en forma de sonrisa forzada.

—No, Eva. ¿De qué iban a servir unos sermones que tú no estás dispuesta a escuchar? Aquello de que quien bien te quiere te hará llorar está en desuso y no es más que una frase arcaica y trasnochada... Pero para mí, sigue siendo válida. Deberías, por lo menos, reflexionar. Distanciarte de él una temporada, serenarte, pensar sin presiones ni nerviosismos qué es exactamente lo que te conviene. Debes comprender que no siempre pueden atenderse los dictados del corazón. ¿Para qué tenemos un cerebro entonces?

—Debieras haberte dedicado a la política —repuso Eva con despotismo y contrariedad mal disimulados—. Tus demagogias hubiesen arrastrado masas.

—¿De qué me serviría eso si ni mi propia hermana tan siquiera me escucha por su bien?

—¡Calla, por favor! —exclamó la otra—. Va a actuar Carlos Héctor.

En efecto, el *speaker* se había plantado en el centro del coquetón y semicircular escenario para anunciar y presentar al «Rey del Tango», al «Gardel 1980».

—... Y con ustedes, señoras y caballeros, ésta y todas las noches, desde la pista de atracciones de su *night-club*, del *night-club* de todos, desde la pista del Blue Jeans, el número uno del tango...

2

AMOR Y TANGO

*Aquel tapado de armiño
todo forrado en lamé,
que tu cuerpito abrigaba
al salir del cabaret...*

La voz de Carlos Héctor Ayala modulaba a la perfección la letra del popular tango que en su día inmortalizaran Gardel y otros, especialmente el primero, aquel monstruo de la década de los 20 que había llegado de Francia, de su Toulouse natal, para revolucionar la más pura esencia criolla proyectando el tango a las más altas cimas del éxito y la popularidad.

Algo tenía Ayala de su inimitable predecesor. Quizá el rasgo quebrado de su voz, la cadencia seca y grave que en algunos instantes parecía romper con brusquedad el sentimiento de la melodía, cuando en realidad no hacía otra cosa que dar vibración a ese sentir angustiado, a ese mensaje lastimero que encerraban en sí todos los tangos.

*... Te acordás era el momento
culminante de cariño,
me encontraba yo sin vento
vos amabas el armiño...*

Carlos Héctor, micrófono en ristre muy cerca de sus labios, había arte y estilo en su voz, vivía con ella y hacía vivir a cuantos le escuchaban en absoluto y reverente silencio, pero faltaba potencia, faltaba la cantidad precisa con que complementar la calidad de sus cuerdas vocales... Micrófono en ristre, decíamos, había abandonado la tarima para descender a la sala y desde ésta avanzar, serpenteando entre las mesas, para dedicar algunas estrofas, deteniéndose impensadamente ante uno u otro velador, a las damas,

la mayor parte entradas en carnes y años, que seguían con arrobo los movimientos de sus labios.

Hasta que se plantó, ahora pensada e intencionadamente, frente al que ocupaban Maggie y Eva inclinándose hacia ésta, ensayando una sonrisa explícita y significativa, al tiempo que con los dedos de su diestra acariciaba el tapado que pendía del respaldo de la silla y su boca desgranaba:

*... Cuántas noches tiritando
los dos junto a la vidriera,
me decías suspirando...
¡ay amor... si vos pudiera!*

Y aprovechando la pausa que fugazmente imponía la música musitó al oído de Eva:

—Estás preciosa esta noche, mi vida.

—Carlos... ¡te adoro!

*... y yo con mil sacrificios
te lo pude al fin comprar,
mangue, amigo y usurero,
y estuve un mes sin fumar.*

La orquestina vino ahora a relevar la voz grave del intérprete que seguía inclinado abiertamente, dando paso a suspicacias y ofreciendo pábulo sobrado a las críticas, sobre el bello rostro de Eva Locke. Una vez más los labios sensuales del cantante, cuya apuesta figura despertaba la admiración de cuantas féminas poblaban el local, rozaron el lóbulo de la tersa orejita de la mujer haciéndola estremecer visiblemente \ excitándola al murmurar:

—Te lo suplico, Eva, no me falles mañana. Te espero en mi apartamento cuando termine de actuar aquí. Dos días sin tenerte es un suplicio, un minuto sin mirarte la desesperación, un segundo sin amarte y sin poder estrechar tu cuerpo entre mis brazos, la tortura más horrible a que puedas someterme. ¿Por qué te empeñas en ser tan cruel conmigo?

—Por favor... —musitó ella con un hilillo de voz—, ¿es que quieres perderme, Carlos? ¿Es qué quieres que me abrace a ti ahora mismo y confiese públicamente que estoy loca por ti?

—No hagas eso, mi amor. Te quiero demasiado como para permitírtelo. ¿Mañana?

—Mañana, Carlos...

La orquesta le estaba dando de nuevo la entrada.

*Aquel tapado de armiño
todo forrado en lame,
que tu cuerpito abrigaba
al salir del cabaret...*

—Estás arruinando tu vida, Eva —comentó Maggie cuando Ayala se alejó para proseguir su recorrido entre las mesas.

—Y tú te empecinas en arruinar mi felicidad —respondió Eva.

—Será cuestión de conceptos, pero por desgracia, el tiempo me dará la razón. Y entonces, Eva, va a ser tarde para lamentarlo.

—Nunca he lamentado ninguna de mis decisiones, como tampoco lo hizo mamá, Maggie...

—Lo suyo fue distinto —arguyó la otra. Añadiendo—: Su romance con Gardel tuvo lugar mucho antes de que conociera a papá y se casó con él cinco años después de que Carlos Gardel hubiese fallecido en accidente de aviación.

—Pero siguió enamorada toda la vida hasta el extremo de morir escuchando uno de sus tangos. Precisamente Aquel tapado de armiño. ¿No recuerdas que pidió que yo misma le pusiera el disco?

—¡Claro que lo recuerdo! Y papá había aceptado desde siempre su idilio platónico con el espíritu de su admirado Gardel. Pero no existió traición física. A un hombre le preocupa muy poco que su esposa ame a cien muertos mientras no se acueste con ningún vivo. ¿Tan difícil se te hace comprender eso, Eva?

—Mamá iba de continuo a sesiones espiritistas para hablar con Gardel. ¿No es eso una traición flagrante por mucho que tú quieras llamarle idilio platónico? Si el espíritu de Gardel se hubiese materializado en una de aquellas sesiones estoy segura de que mamá...

—¡Por Dios! —estalló Maggie—. ¿A qué extremos vas a llegar para hacer justicia convencional a una causa injustificable? ¿Te vas también a atrever a pronunciar irreverencias sobre dos difuntos? Ella era nuestra madre. ¿Tan ciega estás que vas a perder hasta el respecto a su memoria?

—Mañana, cuando vayamos a casa de *madame* Sandra, si entra en trance y puedo hablar con mamá se lo voy a preguntar para que te desengañes. Era nuestra madre, sí... ¿Y eso la hacía diferente a las demás mujeres? No, te equivocas. Sentía una pasión como cualquier otra. Y la sentía decididamente, como yo, que amo a Carlos Héctor por encima de todo y estoy dispuesta a hacer lo que sea con tal de no perderle.

—Estás loca, Eva, rematadamente loca.

—Por él, sí...

*... Me resultó al fin y al cabo
más durable que tu amor,
el «tapao» lo estoy pagando
y tu amor ya se acabó.*

Una cerrada salva de aplausos despidió la actuación del intérprete criollo que, con elegancia, se inclinó repetidas veces correspondiendo a la efusividad del auditorio. Se irguió al final ofreciendo un solemne aspecto de su planta atlética enfundada en el impecable temo negro y muchas —más que muchos—, por el corte de su rostro, la perfección de sus facciones y aquel peinado brillante, engominado, que partía en dos el negrísimo cabello por la raya que cruzaba desde la nuca a la frente la mitad de su cabeza, tuvieron por fugaces instantes el espejismo de estar mirando, admirando y aplaudiendo la evocación hecha realidad de Carlitos Gardel.

En una de las mesas que se encontraban más alejadas de la pista y más cercanas a los cortinajes de terciopelo que daban acceso a la sala central del Blue Jeans, se encontraba una pareja joven cuya anárquica y progresista indumentaria se daba de bofetadas con la impecable severidad que había puesto en su atuendo el resto de los asistentes. El, un rubio de largos y sedosos cabellos que componían un descuidado y gracioso flequillo sobre su despejada frente, de facciones muy correctas que ofrecían un notable parecido con Hutchinson —el televisivo destrozacorazones de la serie STARKY y HUTCH—, le comentó a su compañera:

—Parece que ese buen mozo argentino se bebe los vientos a toneladas por los huesos y el relleno de tu preciosa hermanita Eva. Y a ella no parece disgustarle las insinuaciones del galán, ¿verdad?

Y tu cuñado qué... ¿En el limbo?

Noemí Locke le miró con abierta censura y un mohín de reproche en su maravilloso y atractivo rostro.

—Supongo que ha hablado el policía, ¿no? —repuso—. Porque un muchacho que ha venido a pasar un rato en compañía de la chica que dice gustarle y a la que trata de hacer creer que está enamorado de ella, de lo que menos se preocupa es de si el cantante de tumo flirtea con una de sus admiradoras, por muy hermana que sea de esa chica de la que dice estar...

—¡Alto! —exclamó él con un rictus cómico en sus joviales y agradables facciones—. Voy a leerle sus derechos constitucionales, señorita: A partir de este momento todo cuanto diga puede ser usado en su contra. Tiene derecho a permanecer en silencio y a requerir los servicios de un abogado. ¿Le sirvo yo, preciosa?

—¡Bobo!

—Pero te gusto, ¿cierto?

—¡Presuntuoso!

—Pero tienes muchas ganitas de que este presuntuoso policía bese esos preciosos hociquitos rojos que luces debajo de esa naricilla respingona que me trae de coronilla. Yo no sé cantar tangos..., pero soy muy capaz de esposarte y cerrar tu boca con la mía hasta que no nos quede aliento en los pulmones.

—¿Tirarás la llave de las esposas para que yo no pueda evitar que dejes de besarme?

—¡Te lo juro, monería!

Noemí Locke, desde luego, era una auténtica monería de mujer. Un prodigio de perfección física que superaba incluso la belleza de su hermana Eva porque, careciendo de los contrastes de aquélla, tenía una faceta más acusada de exotismo nato. El bronce que coloreaba la piel y sus rasgos estaban definidos con mayor fuerza y crudeza sin que por ello la clase y la elegancia estuvieran ausentes de sus atributos físicos. Allí estaban sus redondos y profundos ojos de negro rasgado para demostrarlo, aquella nariz de trazo respingón y gracioso que él acababa de elogiar, la frutal carnosidad de sus labios gordezuelos que por contraste, se estiraban formando una boca de línea estilizada y sensual que pedía a gritos ser besada con esposas o sin ellas; y allí estaba también aquel gracioso hoyuelo que dividía garbosamente su barbilla suave.

El cuerpo, pura filigrana. Con sensacionales relieves que no pasaban desapercibidos pese a la holgura del jersey color butano de hombros caídos que aun sin ceñirse ponía en evidencia la desafiante altivez de sus pechos altivos sin más artimaña a la hora de erguirse que la propia agresividad de su carne lozana, furiosamente proyectada hacia adelante y arriba ofreciéndose con todo el vigor fiero de la excitante juventud que le proporcionaban sus 23 envidiables primaveras. El vaquero negro ceñía con rotundidad sus caderas moldeadas y oprimía los glúteos firmes y plenos que ahora descansaban sobre el fondo de la silla.

—Si tú te sacas las esposas y yo me quito el jersey, te pones a temblar con todo tu golpe de «poli», ¿vale que sí, sinvergonzón?

El la miró con extraordinaria fijeza. Fue un mudo, pero muy expresivo mensaje el suyo. Después, con fingida indiferencia, se encogió de hombros al tiempo que decía:

—Pruébalo... si es que quieres verme convertido en el más feliz y voraz de los lactantes. Un otoño de tu jersey —se refería metafóricamente a la caída del mismo parafraseando con lo que sucedía con las hojas de los árboles en aquella estación del año—, sería trasladarme al Shangri-Lha de Hilton[1], beber en el manantial de la eterna juventud, volver atrás, y eso que te decía antes. De todas formas no te aconsejo que lo hagas porque podría desmayarse más de uno y me vería en la ineludible obligación de detenerte por atentar contra la salud de tus congéneres, la moral pública y las buenas costumbres.

Noemí se puso a aplaudir con tenues palmadas al tiempo que exclamaba:

—¡Bravo, bravo...! ¡Un hurra por los servidores de la ley y el orden!

El, ni caso. A lo suyo.

Ladeando la cabeza y dirigiéndola hacia Noemí para besar, silenciándola, apasionadamente su boca fresca y jugosa sin que ella alegase el menor impedimento. Antes bien, dejando de aplaudir, le sujetó la nuca con su diestra, obligando a que la suave y febril caricia se prolongase indefinidamente hasta que...

—¡Hola parejita! —exclamó una voz femenina con tenue y perceptible ironía. Y otra, de mujer también, inquirió—: ¿Por qué no nos presentas a tu Romeo, Noemí?

Puñetera la gracia que les hizo a los dos tan oportuna interrupción. La chica mostró a las otras —sus hermanas, que improvisadamente se había plantado junto al velador que ocupaba la pareja—, un rostro colorado como los pétalos de la más fragante amapola. Él le dio un manotazo al flequillo, como si éste tuviera la culpa de todo, pero en el fondo no pareció preocuparse demasiado.

—El decimoprimero: NO MOLESTAR —forzó Noemí una sonrisa. Añadiendo—: Os presento a «Romeo» Graham McKenna. Para evitaros preguntas absurdas y embarazosas os diré que es un muchacho que me gusta, que dejo que me bese, que salgo con él, que corro el riesgo de que se canse de mí y me dé la patada..., pero como una es masoquista... ¡Ah, Graham! Aquí tienes el resto de las Locke sisters [2]. Ésta... —señaló a la que ahora cubría sus bonitos hombros con el tapado de armiño—, es Eva. El resto, Maggie.

Graham, como estaba preceptuado para saludar a dos damas, se incorporó.

Dijo:

—Es un placer, señora. Aunque les sirva de desconsuelo, por el momento no he pensado en casarme con Noemí.

—Admiro la sinceridad, señor McKenna —repuso Eva.

—Suprima el «señor», se lo ruego. Me aburren los tratamientos.

—¿A qué se dedica un caballero tan extrovertido y desenfadado? —inquirió Maggie, con una sonrisa que no contribuyó precisamente a paliar digamos la no belleza— por no decir fealdad —de su rostro.

—A mantener limpias las calles de la ciudad —repuso Graham con su aprobado y habitual desenfado.

—¿Barrendero municipal? —volvió a interrogar, con evidente sorpresa, la menos agraciada de las hermanas Locke.

—Más o menos.

—Tú —intervino Noemí, que siempre había sido muy independiente procurando distanciarse de la familia, viviendo su propia vida con la mayor intensidad, puede que por no adaptarse a los convencionalismos o quizá por un instinto innato de rebeldía y un rendido culto a la libertad—, tan cotilla como siempre. Y éste —se refería a Graham— tan coñón como su mamáíta lo echó a este quejumbroso valle de lágrimas. Ahí donde le veis, tan anárquico y tan *playboy*, es sargento de la Brigada de Homicidios de la

Metropolitan Pólíce.

—Lo que le decía, señora —habló McKenna—. Mantengo limpias las calles de delincuentes y gentes de mal vivir.

—Me cae usted muy simpático, Graham. No le digo que se case con Noemí si no le apetece —era Eva quien hablaba, a quien tampoco le iban los formulismos ni las mojigaterías, cosa harto probada, y si no, a las pruebas en forma de Carlos Héctor Ayala había que referirse—. Pero... ¿por qué no prueban a vivir juntos?

—De momento y sólo de cuando en cuando, probamos a dormir juntos.

—¡Estúpido! —exclamó Noemí.

—Supongo que toda esta conversación es humorística, ¿no? —Metió cucharada Maggie.

—Nunca he hablado más en serio, señora —la corrigió, con impertinente sonrisa, el sargento de la Brigada de Homicidios.

—Creo que estamos estorbando, Maggie —terció Eva, con muy buen criterio y mejor sentido común que su hermana—. Ha sido un placer, Graham. Hasta luego, Noemí. Que os divirtáis.

—Lo procuraremos —aseguró el policía.

Las otras dos se alejaron y Noemí le dijo a su pareja:

—Eres un auténtico cerdo.

—¿Dónde quedan tus teorías sobre la libertad, el derecho a vivir la propia vida, a hacer lo que a uno le venga en gana y cuando le dé la real gana? ¿Tanto te impresionan las Locke sisters?

—Si te dijera la que en estos instantes estoy pensando realmente, sobre todo de ti, seguro que es cuando me esposabas.

—¿A tu apartamento o al mío, prenda?

—¡Vete a la...!

La silenció con un nuevo y prolongado beso.

3

NOTA ACLARATORIA SOBRE EL ESPIRITISMO: Para todos aquellos que suponen o creen que la relación humana con el mundo de los espíritus es pura fantasía, refugio o consuelo de chiflados y visionarios, alimento de mentes enfermizas o simplemente un fraude que explotan cuatro vivales aprovechados —no vamos a

negar que puede existir manipulación fraudulenta, pero dejemos al mismo tiempo bien sentado que ese fraude o estafa no es patrimonio exclusivo del espiritismo sino de todo cuanto en la tierra se somete a la intervención del hombre, porque el engaño está en el ente humano y nunca en la materia o el espíritu—, a expensas de una mayoría que creen de buena fe... para esclarecer cuánto de ambiguo y sobrenatural se relaciona con el espiritismo, bueno será que establezcamos unos matices y puntualizaciones.

SOBRE LOS MÉDIUMS. —Toda persona que resiente en cualquier grado la influencia de los Espíritus, es por esto mismo médium. Esta facultad es inherente al hombre y, por consecuencia, no es un privilegio exclusivo: así es que hay pocos entre los que no se encuentren algunos rudimentos. Se puede entonces afirmar que casi todos somos médiums. Sin embargo, en el uso, este calificativo sólo se aplica a aquéllos cuya facultad medianímica está claramente caracterizada y se conoce por los efectos patentes de cierta intensidad, lo que depende de una organización más o menos sensitiva. También debemos notar que esta facultad no se revela en todos de la misma manera; los médiums tienen generalmente una aptitud especial para tal o cual orden de fenómenos, y en esto consiste que se hagan tantas variedades, como hay clases de manifestaciones. Los principales son: los médiums de efectos físicos; los médiums sensitivos o impresionables; los auditivos; parlantes; videntes; sonámbulos; curanderos; pneumatógrafos; escribientes o psicógrafos.

SOBRE LOS MÉDIUMS PARLANTES. El Espíritu, queriendo comunicarse se sirve del órgano que encuentra más flexible en el médium; a uno toma prestada la mano, a otro la palabra, a un tercero el oído. El médium parlante se expresa generalmente sin tener conciencia de lo que dice, y muchas veces dice cosas completamente fuera de sus ideas habituales, de sus conocimientos y aun del alcance de su inteligencia. Aunque esté enteramente despierto y en un estado normal —fuera de trance—, rara vez conserva el recuerdo de lo que ha expresado; digámoslo más concretamente: la palabra es en él un instrumento del cual se sirve el Espíritu, y con el que puede entrar en comunicación una persona extraña.

LENGUAJE QUE DEBE TENERSE CON LOS ESPÍRITUS. —El

grado de inferioridad o superioridad de los Espíritus, naturalmente indica el tono que conviene tenerse con ellos. Es evidente que cuanto más elevados están, más derecho tienen a nuestro respeto, a nuestras consideraciones y a nuestra sumisión. No les debemos menos deferencia que cuando vivían y además por otros motivos: en la Tierra hubiéramos considerado su rango y su posición social; en el mundo de los Espíritus nuestro respeto sólo se dirige a la superioridad moral. Su misma elevación les pone sobre las puerilidades de nuestras fórmulas aduladoras. Por las palabras no es como podemos captar su benevolencia, es por la sinceridad de los sentimientos. Sería pues, ridículo, darles los títulos que nuestros usos consagran a la distinción de las clases y que, viviendo, podrían haber lisonjeado su vanidad; si real mente son superiores, no sólo no hacen caso de eso sino que les disgusta. Un buen pensamiento les es más agradable que los honores más laudables; si fuese de otro modo no estarían más elevados que la humanidad. El Espíritu de un venerable eclesiástico que en la Tierra fue príncipe de la Iglesia, hombre de bien y que practicaba la ley de Jesús, respondió un día a uno que le evocaba dándole el título de Monseñor: «Al menos deberías decir ex Monseñor, porque aquí no hay otro señor que Dios; debes saber que yo veo algunos aquí, que en la Tierra se arrodillaban ante mí y ante los cuales ahora me postro yo».

En resumen, sería una irreverencia tratar de igual a igual a los Espíritus superiores, como ridículo el tener una misma deferencia para todos sin excepción. Tengamos veneración para los que la merecen, reconocimiento para los que nos protegen y asisten, para todos los otros una benevolencia de la cual necesitaremos, puede ser, nosotros mismos un día. Penetrando en el mundo incorpóreo, aprendemos el modo de conocerle, y este conocimiento debe arreglar nuestras relaciones con aquellos que lo habitan. Los antiguos, en su ignorancia, les levantaron altares; para nosotros sólo son criaturas más o menos perfectas y no elevamos altares sino a Dios[3].

Creo que tras la lectura de este inciso explicatorio —muy escueto y superficial si se considera el amplio campo de actividad en que se mueve la técnica del espiritismo y su extensa gama de peculiaridades—, podremos establecer unas estructuras y un juicio concreto acerca de lo que hay de verdad y lo que existe de ficción o

fraude según el modo y las circunstancias en que se proceda. La realidad sólo es una: los hombres nos encargamos de conservar su integridad, su exacta dimensión, o de mutarla y trastocarla de acuerdo con nuestros intereses según la índole de los mismos.

Y ahora, volvamos a nuestro relato y conectemos de nuevo con los personajes del mismo.

El salón, amplio y señorial, decorado con gusto exquisito aunque con excesiva severidad y acusados matices fúnebres, estaba ocupado por ocho o diez personas entre las que sólo se distinguía un representante del sexo masculino, todas ellas vestidas de oscuro — negro la mayor parte—, como guardando una estrecha relación con los ornamentos de la estancia y en especial con el motivo que les había reunido allí: invocar a los espíritus.

Cuchicheaban en voz muy queda, preguntándose posible mente unos a otros si aquella tarde sería propicia en concreto para alguno de ellos en particular o para varios en general.

Eva Locke, que con su innata elegancia había elegido como estuche de sus perfectos relieves físico-geométricos un vestido largo en tafetán negro con bordados de piedrecitas en bajos y puños, susurraba al oído de su compañera y acompañante que no era otra que su hermana Maggie:

—Creo que tendremos la oportunidad de salir de dudas. Verás como la propia mamá confirma mis teorías.

—Lo dudo —respondió la otra.

Todos los susurros y murmuraciones quedaron como suspendidos en el aire, detenidos, sin cristalizar una sola sílaba más cuando se abrió la puerta principal de la estancia e hizo acto de presencia un hombre alto, erguido, de porte y maneras elegantísimas y al mismo tiempo autoritarias quien, tras pasear su mirada entre altiva y desafiante sobre todos y cada uno de los reunidos, anunció:

—Pueden ir pasando al salón de sesiones con el silencio y reverencia de costumbre.

Se trataba de Charles Adjani, hombre que por sus rasgos físicos y otras peculiaridades recordaba la imagen, en versión moderna eso sí, de un asceta hindú, estrecho colaborador de Sandra Field, médium espiritista a quien en el ambiente y entre sus adeptos, discípulos y clientes, o como quisiera llamárseles, se la conocía más

común y respetuosamente con el sobrenombre o tratamiento de: *madame* Sandra.

Obedecieron con dilación, pero sin atropello, de uno en uno, accediendo a la estancia contigua que se comunicaba a través de una puertecilla que el papel de la pared disimulaba con acierto y que estaba situada en uno de los vértices, concretamente en el más cercano al lugar donde se ubicaba el mueble biblioteca.

El salón de sesiones estaba sumido en una tenue penumbra que imponía, amén de la clásica severidad ya manifiesta en la otra estancia, una lúgubre e impresionante misticidad que acababa por sobrecoger el ánimo de quienes iban tomando posiciones por muy acostumbrados que estuviesen a interpretar las reverencias del acto.

Dos consolas de mármol situadas en diagonal cubriendo a modo de rinconeras las aristas que formaban las paredes al cortarse y unirse para formar el rectángulo cuya forma geométrica tenía la estancia, sostenían un candelabro de dos brazos cada uno y del interior de ellos surgían, mudos y sepulcrales, los cirios cuya luz oscilante de las respectivas llamas taladraba fugazmente la oscuridad del lugar para dejarla en la difusa penumbra antes anunciada.

En el centro de la sala una mesa circular: la clásica mesa giratoria tradicionalmente empleada en aquel tipo de reuniones.

De pie, frente a ella, una mujer de personalidad arrolladora e impresionante: Sandra Field... *madame* Sandra. Rubia como la miel, de cutis blanquísimo y ovalado en el que refulgían unas profundas y azuladas pupilas casi transparentes, de figura ágil y estilizada en la que dentro del vestido corto en terciopelo negro sobre la falda drapeada en crepé del mismo color destacaba la suave elasticidad de sus exquisitos relieves.

—Bienvenidos, hermanos —dijo, a guisa de saludo. Añadiendo —: Dios y Ellos estén hoy y siempre con nosotros. Podemos tomar asiento.

Fue exactamente lo que hicieron. Y después siguió la mujer:

—Unamos nuestras manos en estrecha colaboración y procuremos que nuestras mentes salgan de este mundo, se aíslen, se concentren, abandonen los terrenos pensamientos y se condicionen para la llamada y evocación de quienes en el más allá gravitan sobre nosotros.

Obedecieron en medio de un sepulcral silencio.

Y de súbito, inesperadamente, la mesa comenzó a oscilar en una especie de trémula inestabilidad que, en segundos, alcanzó un nervioso y alarmante *in crescendo* que tenía todas las características de un amago de seísmo.

—¡Por favor! —exclamó la voz autoritaria de *madame* Sandra—: He dicho que debemos tratar de huirle al mundo con el pensamiento. Alguno de ustedes no está debidamente concentrado y Ellos manifiestan su disconformidad. Se lo ruego, aíslese.

Poco a poco los manifiestos atisbos de levitación que había experimentado la mesa fueron cediendo en su virulencia hasta que el mueble recobró su quieta y normal posición.

—Alguien está llamando con fuerza, uno de ustedes está haciendo el máximo esfuerzo... porque yo siento la venida de El... de Ella hacia mí. Está entrando en mí...

Sandra Field se convulsionó. Una serie de estremecimientos epilépticos sacudieron su naturaleza al tiempo que se aferraba con violenta desesperación a las manos de las dos personas que estaban situadas a su derecha e izquierda respectivamente hasta causarles daño, hasta casi arrancar un lastimero quejido de sus gargantas.

Y entonces, cuando sus labios volvieron a abrirse, relajada ya y con los párpados corridos, totalmente cerrados su voz... no fue su voz.

Se la escuchó decir en pleno trance:

—Tienes necesidad de hablar conmigo, ¿verdad Eva?

Eva Locke se removió inquieta en el fondo de la silla y su instantáneo sobresalto se hizo patente. Dominando su nerviosismo y tratando de concentrarse al máximo, repuso:

—Sí, mamá. Es imprescindible que hable contigo.

—Soy yo quien debe hablarte porque conozco tu conducta, tus dudas y las preguntas que existen en tu mente —siguió hablando el espíritu de Alicia Duarte, madre de Eva Locke, a través de las cuerdas vocales y los labios de *madame* Sandra, quien como dormida había caído ya en profundo estado de trance. Y siguió—: No eres justa contigo misma ni honesta con aquél a quien debes respeto, sumisión, fidelidad y total entrega. Tu conducta es una blasfemia, estás escupiendo sobre tu dignidad y tratas de justificar tu ignominioso proceder arguyendo como escudo los sentimientos

puros y sin mácula que mi espíritu, cuando tenía terrena materialización, albergó hacia Carlos Gardel. Le amé, sí, y lloré su muerte hasta el día de la mía... pero con la honradez y castidad que comportan el saber distinguir las obligaciones mundanas y corpóreas de las manifestaciones sobrenaturales. Ni tan siquiera con el pensamiento que amaba a Carlos fui capaz de traicionar a tu padre al que me entregué en cuerpo y también en alma...

—¡Pero mamá...! Si amabas a Carlos Gardel, ¿cómo podías entregarte con fidelidad y amor, cómo podías dar tu cuerpo a un hombre...?

—La pureza de los sentimientos me permitía discernir con meridiana claridad entre mis obligaciones como esposa y madre y mi devoción hacia el espíritu de alguien que había dejado de ser materia. Le invoqué en ciemos de ocasiones lo mismo que tú me buscas a mí y siempre encontré en El la misma respuesta e idéntico consejo: Estás en la Tierra y te debes a él, sólo tu marido debe recibir los beneficios de tu amor, tu entrega fiel y tu cuerpo. Ése es tu camino, Eva. Sólo ése. Y no voy a permitir que sigas encadenando tu rosario de errores porque, si es preciso, excepcionalmente, tomaré de nuevo mi forma humana para arrastrar a Carlos Héctor Ayala a las inmensas estepas del Purgatorio donde los espíritus que ya en la Tierra adquieren manchas y profanan los sagrados principios pasan épocas indefinidas, transiciones _ que en la eternidad no se miden con tiempo, hasta quedar purificados y merecer el acceso a la Suprema presencia.

—¡NO... ESO NO! —aulló Eva Locke, evidentemente exaltada—. ¡Tú no puedes llevártelo! ¡Tú no puedes... NO PUEDES MATARLO!

—Yo, hija mía. LO PUEDO TODO.

—¡NO PERMITIRÉ QUE LO HAGAS!

—¿Y quién eres tú, débil y oteadora criatura terrenal, para prohibir u otorgar tu beneplácito al cumplimiento de los misteriosos designios?

—¡No lo harás...! ¡NO LO HARÁS. MALDITA SEAS! ¡Vete... NO QUIERO VOLVER A OÍRTE EN MI VIDA!

—Carlos Héctor Ayala vendrá conmigo... vendrá conmigo... vendrá conmigo... ¡¡¡VENDRÁ CONMIGO!!!

—¡MALDITA SEAS MIL VECES! —bramó Eva, al borde del

paroxismo—. ¡Te odio... sí, te odio! ¡Te odio a ti, a tu espíritu, a lo que está sucediendo ahora y a todo lo que significas! ¡Vuelve a tu mansión, regresa a esas estúpidas y absurdas estepas del universo, dilúyete, muere otra vez..., pero no intentes cristalizar en mí el castigo que tú has merecido! ¡No te acostaste con él porque estaba muerto! ¿Es eso, verdad? Pero sí has purgado y puede que estés purgando todavía el interminable pecado, la perpetua traición que cometiste con tu pensamiento. Por eso quieres vengarte en mí... ¡POR ESO! ¡PORQUE YO ESTOY CONSIGUIENDO EN LA TIERRA LO QUE TU NUNCA PUDISTE ALCANZAR! Sí... —Arrastraba las palabras con furibunda rabia—: ¡TE ODOIO PROFUNDAMENTE! ¡¡TE ODOIO!!

—Pero eso no evitara que se cumpla...

—¡¡¡VETE... VETE DE UNA MALDITA VEZ!!!
¡¡¡VETEEEEEEEE!!!!

Sandra Field volvió a conmocionarse, la mesa levitó de nuevo y otra metamorfosis se experimentó súbitamente en la garganta de la médium cuya voz, ahora, se convirtió en la de Carlos Héctor Ayala entonando con su estilo característico:

*... Te acordás era el momento
culminante de cariño,
me encontraba yo sin vento
vos amabas el armiño...*

La mesa se elevó como impulsada hacia el techo por la fuerza de un huracán; *madame* Sandra recobró la normalidad entre espasmos convulsivos al tiempo que pronunciaba incoherencias y quejidos lastimeros parecidos al aullido del lobo que presiente y anuncia la muerte, agitándose en medio de una tormentosa crisis nerviosa; las manos de los asistentes se desasieron, Maggie trató de sostener a Eva que comenzaba a desplomarse víctima de una pérdida de sentido...

Se registró una confusión alarmante y a los quejidos de la médium se unieron los gritos y lamentos de cuantos allí estaban reunidos.

Hasta que se abrió alborotadamente la puerta dejando paso a la severa presencia de Charles Adjani quien, un tanto violento, tomó las riendas de aquella jauría desbocada, de aquel inicio de debacle,

para restablecer el orden con métodos nada ortodoxos.

Fueron varias las personas a quienes abofeteó y otras a las que insultó con cierta gravedad.

Hasta conseguir, eso sí restaurar allí el silencio sepulcral de hábito y costumbre.

4

PASIÓN Y CRIMEN

Eva Locke salió de la cama con lentitud y fue a tomar asiento frente al tocador. Sus dedos asieron el mango del cepillo y comenzó a deslizar las púas de aquél entre las hebras sedosas de su cabello para desenredarlo.

El, que desde el lecho la contemplaba con admiración, brillantes todavía sus ojos por la encendida pasión del caudal voluptuoso que se habían ofrecido mutuamente, por la ardiente lluvia sensual que había caído sobre sus cuerpos desnudos como auténtico diluvio de lujuria, musitó:

—Ha sido sensacional, mi amor. Tu entrega, aun siendo más excelsa y febril que ninguna otra vez, me ha hecho sentirte lejana en algunos momentos. ¿Por qué, Eva?

Buscó con sus pupilas las del cantante a través de la límpida luna que colgaba de la pared encima del tocador.

Tras morderse el labio inferior y anulando por unos momentos el movimiento maquinal que sus dedos imprimían al cepillo, musitó sin apenas voz:

—Porque estoy asustada, Carlos...

Ayala, enarcando las cejas, repitió:

—¿Asustada? ¿Por qué?

—Por... por Ella.

Una tenue sonrisa se dibujó en los carnosos labios del émulo de Gardel.

—¿Ella...? ¿Tu madre?

—Sí...

—¡Pero... amor! ¿Cómo vos «podés» creer en semejantes estupideces?

Eva, completamente desnuda, giró sobre el taburete que ocupaba, con nerviosismo, palpitantes sus pechos firmes y evidentemente cálidos por el fragor de la pasión vivida instantes anteriores y anunció, trémula la voz, trémulo todo su cuerpo deseable y ardiente:

—¡Carlos, por Dios! Eso no son estupideces. Los Espíritus existen...

—Es obvio, cariño. Pero en su mundo, no en el nuestro.

—¡Puede materializarse! *Madame* Sandra nos ha contado casos en que eso ha ocurrido. Toman de nuevo forma humana y... —Un sollozo ahogó las palabras en su garganta. Exclamó—: ¡Tengo mucho miedo, Carlos!

Con los dedos de los pies Ayala apartó las sábanas que medio cubrían su cuerpo y saltó de la cama acercándose a Eva. Se arrodilló sobre la alfombra para que su rostro quedase a la altura del de la mujer y pasando sus manos alrededor de la tibia nuca, la atrajo, para besar los frutales labios femeninos con largueza y apasionamiento.

Tras la prolongada caricia, con voz queda, inquirió:

—¿Te sientes mejor, mi vida?

—Contigo en la gloria, Carlos. Te adoro y haría por ti lo que fuese, pero...

—¡Cariño! ¿Vas a empezar otra vez?

—Tú, aunque no lo digas —habló la hermosa Eva—, te tomas a burla lo del espiritismo. Pero es muy cierto, amor. He hablado con ella cientos de veces y ayer... ¡ayer estaba como loca! Sus palabras rezumaban odio y rabia. La creo muy capaz de... ¡Estoy aterrada, Carlos!

Y se abrazó fuertemente contra el atlético y desnudo torso varonil. El la arrebujó todavía más, musitando junto al lóbulo de su orejita:

—¿Por qué no nos vamos lejos de aquí, pequeña? Juntos podemos iniciar una nueva vida.

—Sería un escándalo, Carlos. Aunque esté locamente enamorada de ti no puedo olvidar que Malcolm ha sido muy bueno conmigo y tampoco se merece...

La puerta de la habitación se había entreabierto con exasperante lentitud. Muy despacio, milímetro a milímetro.

Carlos quedaba de espaldas a ella y no se había apercebido de lo que estaba sucediendo. Eva en principio tampoco, hasta que sus verdes pupilas asomaron por encima del hombro izquierdo del hombre y se tropezaron con la hoja de madera ya totalmente abierta y la figura...

Por eso se ahogó en su garganta el resto de la frase y aferrándose al cuello de Carlos con desesperación, gritó:

—¡¡NOOOOOOOO!! ¡¡NO PUEDE SER!!

Ayala se deshizo al instante del fuerte abrazo, la retiró con cierto nerviosismo y al tiempo que se erguía giró la cabeza para tropezarse con aquella persona.

Con la mujer que desde el umbral envuelta en un largo gabán de color negro, empuñaba con firmeza una no menos negra y pavonada automática, cuyo cañón lucía enroscado el tubo silenciador, mostrando en su rostro de piel arrugada un rictus feroz y homicida.

De sus ojos, que parecían inyectados en sangre, brotaba el claro mensaje de la muerte.

Y en aquel mismo instante, mientras Carlos Héctor trataba de sobreponerse al estupor y la sorpresa y Eva quedaba paralizada por el terror, desde la habitación contigua que era el living-comedor llegó la estrofa de un tango cantado en la voz del propio Ayala:

*... Cuando pasaste a mi lado
prendida a tu gigolo,
aquel tapado de armiño
cuántas penas me causó.*

—¡Pero...! ¿Quién es usted? —inquirió el cantante, comenzando a recuperarse de su inicial asombro.

—Soy la muerte... soy tu muerte.

—¡Usted está loca! ¡Suelte ese arma!

El dedo índice de la diestra, enguantada, se ciñó alrededor del gatillo comenzando a tirar de él.

Entonces Eva gritó con fuerza, enloquecida:

—¡¡NO MAMA... POR DIOS SANTO, NO LO HA GAS!!
¡¡NOOOOOO!!

Carlos Héctor Ayala alzó ambas manos en intento estéril de detener la acción de la mujer, de impedir que el dedo terminara de curvarse alrededor del gatillo y...

¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC!

Se escucharon con claridad algo así como el eco apagado y vibrante de tres corchos de botellas de champán al abandonar tumultuosamente la opresión de los respectivos golletes de grueso cristal.

Una mueca de estupor e incredulidad se dibujó en el rostro de Ayala al tiempo que sus facciones se contraían en el rictus característico que dejaba paso a la expresión de la muerte tras haber ofrecido la de sorpresa.

Con las manos todavía en alto dio un medio giro sobre si y fue a desplomarse en tierra sin exhalar un solo quejido.

—¡NO...! ¡LE HAS... LE HAS ASESINADO!

Eva se lanzó como una posea sobre el cuerpo de Carlos Héctor para abrazarlo desesperadamente.

—¡No, vida mía, no! ¡No puedes morir...! ¡No puedes dejarme ahora!

—Levántate de ahí, impúdica. Hazlo antes de que te mande con él al purgatorio. ¡Vístete y sal de aquí antes de que pueda aparecer alguien! ¡Vamos, obedece!

Y con una mueca de crispación en las facciones de su bello rostro, obedeció lo mismo que un autómatas.

La punta del cañón de la pistola la acompañó prácticamente hasta la puerta del apartamento.

Fue antes de cerrarla cuando reaccionó parcialmente.

—¡MALDITA SEAS POR SIEMPRE... MALDITA! —Y trató de escupirle en la cara—. ¡Haré lo imposible para que tu espíritu se pudra vagando por el infinito!

—¡Lárgate de aquí, ramera! Y agradéceme que te deje al margen de todo. Aunque no lo hago por ti sino por aquellos que tienen dignidad y por el nombre de nuestra familia que sólo tú has arrastrado hasta el fango. ¡Fuera, impúdica!

CAPÍTULO PRIMERO

Graham McKenna, con ambas manos hundidas en los bolsillos de la cazadora de pana, dio una vuelta sobre sí escrutando a su alrededor con ojos inquisitivos, cual si buscara un detalle que inicialmente le hubiera pasado desapercibido.

Junto a él, su compañero Dustin Howard, también sargento de la Brigada de Homicidios y con el que formaba equipo, murmuró:

—El fulano estaba en pelotas. ¿Es que ya no se estila el pijama para acostarse?

—A veces estorba, Dustin.

—¿De veras? —Arqueó las cejas el de tez morena y enmarañados cabellos negros—. ¿Qué estaría haciendo, Graham?

—Salta a la vista, muchacho. Cantando salmos. Eso, ahora, se hace en cueros.

—¡Ah...!

Graham, dirigiéndose al resto de componentes de su equipo que deambulaban por la estancia, les advirtió:

—¡Eh, muchachos! Con calma. Procurad no cambiar nada de su sitio ni borrar huellas hasta que lleguen los de dactiloscopia.

Uno de ellos, alzando el cepillo que había sobre el tocador protegiendo la mano con un pañuelo, dijo:

—¡Eh, McKenna! ¿Te has fijado en esto? En las púas hay prendidos varios cabellos largos. De mujer sin duda.

—¿De veras, Martin? ¡Vaya carrerón que llevas con ese olfato detectivesco! Vas para comisionado en menos de un año.

—Te tomas este asunto con mucha guasa, Graham —intervino Howard—. Nunca te había visto tan tranquilo en el escenario de un crimen. Hasta se me antoja que hay cosas que te resultan familiares.

—Puede.

—¿Qué me dices del disco?

—Una prueba falsa. Para despistarnos.

—¿En qué te basas?

—En que ningún asesino le deja a la policía pistas concretas para que averigüe su identidad —repuso McKenna con parsimonia—. Si te fijas bien comprobarás que el disco es completamente nuevo, puede que hasta se haya estrenado aquí... y ha sido rayado a propósito para que vaya repitiendo eso de: «... Aquel tapado de armiño cuántas penas me causó».

—Ayala era cantante de tangos, ¿no?

—Era, sí. ¿Y qué?

—Nada —respondió Dustin—. Lo veo todo muy oscuro.

—Cámbiate las gafas. Ponte las de ver claro.

—¿Qué carta tienes escondida en la mano, Graham? Nos conocemos demasiado y...

—Ninguna. Lo que me intriga es el mensaje que Ayala quiso dejamos. Esa letra que empezó a escribir con su propia sangre y que, entre otras cosas, demuestra que no murió instantáneamente.

—¿Alguna hipótesis con respecto a eso?

—La única evidente, Dustin —repuso el rubio, dándole como era costumbre un manotazo a su flequillo—: Carlos Héctor Ayala estaba en la cama con su amiga como demuestran los huecos de ambos cuerpos en las sábanas y como lo prueba el hecho de los cabellos en el cepillo. Ella salió del lecho y se fue al tocador para cepillarse el pelo. Estaban hablando y él también abandonó la cama y puede que fuera a arrodillarse frente a ella para acariciarla...

—¿Por qué no escribes novelas?

—... Momento en el que fueron sorprendidos por el asesino. Tres disparos dieron con el cantante en tierra mientras que el autor de los mismos obligaba a la mujer a salir del apartamento. Luego, él se quedó.

—¿Para qué?

—Se lo preguntas cuando lo cojamos. Dustin. Grejó que Carlos Héctor estaba muerto y por eso no se apercibió de que éste, tras arrastrarse para salir del charco que formaba su sangre en el suelo, con el índice de la diestra intentaba escribir una letra.

Eso era muy cierto porque a los pies de la cama y unos centímetros a la derecha de la alfombra se veía el siguiente trazo:

—Pero la letra no está completa... ni bien dibujada tan siquiera —argumentó Dustin Howard.

—En efecto —admitió McKenna. Añadiendo—: Podría tratarse de una «M», pero...

—¿Pero qué?

—Que el palito transversal lo hubiese iniciado más arriba, formando vértice con el vertical.

—¿Crees que cuando uno se está muriendo tiene tiempo de perfeccionar su caligrafía?

—Muy original, Dustin.

En aquel momento llegaron el forense y los de dactiloscopia. Dirigiéndose a los últimos, dijo Graham:

—Cuando hayáis obtenido todas las huellas... espero que sólo encontréis las del «fiambre» y las de otra persona, comprobad en los ficheros aunque dudo de que encontréis algo. Pasadme una copia de las que no sean del muerto... ¡Ah...!, quiero un análisis exhaustivo de los cabellos que hallaréis en las púas del cepillo del tocador. Esos informes los necesito mañana por la mañana. Doctor Clarkson —hablaba ahora con el forense—, los motivos están claros: tres balazos; pero quiero saber aproximadamente cuánto tardó en sobrevenir la muerte después de que recibiera los impactos.

—A última hora de esta noche le pasaré el informe —repuso el médico al tiempo que se acercaba al cadáver inclinándose sobre él.

—Dustin...

—¿Sí?

—Quiero que me hagas un favor.

—Adelante.

—Quiero que vayas al 2187 de Atlantic Avenue, en el Queens, donde se ubica la casa de modas

HOLY'S

ELEGANCE. Pregunta por una tal Noemí Locke y me la traes a comisaría.

El moreno enarcó las cejas. Gesto también muy habitual en él.

—¿Noemí...? ¡Oye! ¿No es ésa la chica que sale contigo?

—Elemental, mi querido Dustin.

—¿Por qué no vas tú por ella?

—Precisamente porque sale conmigo. Esto es oficial.

—¿Tiene que ver con lo sucedido aquí?

—Puede. Te espero dentro de media hora en nuestro despacho.

—O. K.

CAPÍTULO II

Ahora estaba elegante y monísima: chaqueta de lana rosa con pantalones en franela blanco, jersey de punto azul marino y chaleco de terciopelo.

De todas formas, era una vestimenta impropia de una mujer liberal y progresista como Noemí Locke.

Pronto quedó todo aclarado aunque McKenna ya lo suponía.

Dijo, rabiosilla, con el rostro rojizo por la indignación:

—Esa imitación barata de Starsky que juega contigo a policías y ladrones me ha arrancado literalmente de mi trabajo en pleno pase de modelos. ¡Es un flagrante abuso de autoridad!

—Cumplía órdenes, preciosa.

Soltó una burlona carcajada.

—¡Ah...! Órdenes... ¿De quién?

—Mías.

—¿Y quién eres tú para...?

—Por si no me conoces, me presentaré: sargento Graham McKenna, de la Brigada de Homicidios. Y ahora siéntate.

A regañadientes obedeció, ocupando la silla que había al otro lado de la mesa, frente a la que se encontraba sentado el policía.

—¿Puedo saber a qué vienen tantas prisas y tanto misterio?

Se lo dijo de inmediato. Concisa y lacónicamente:

—Carlos Héctor Ayala ha sido asesinado.

El rostro de Noemí abandonó la tonalidad rosada para adquirir matices pálidos. Trató de sobreponerse, inquiriendo:

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Tu hermana estaba con él cuando se cometió el crimen.

—¿Cómo lo sabes?

Graham ensayó un rictus burlón.

—Me lo ha dicho mi bruja particular.

—¡Déjate de estupideces y habla claro!

—Pero qué bonita estás cuando te enfadas. Si estuvieras enfadada siempre te pediría que te casases conmigo.

—¡Graham...! Te lo suplico. ¿Qué es exactamente lo sucedido?

—Te lo he dicho.

—¿Y por qué tenía mi hermana que estar con él?

—Porque no es ningún secreto que Ayala y ella se entendían.

—Podía tener otra amiga, ¿no?

—Y yo podría ser Ronald Reagan pero no lo soy. Eva se encontraba en el apartamento de Ayala. Para ser más exactos, en la cama con él.

—¿Quieres insinuar que ella...? —apuntó Noemí con voz trémula.

—No insinúo nada porque estoy convencido de que ella no le mató. Estaba demasiado enamorada de ese tanguista como para pensar tan siquiera en eso aún en el supuesto, como tú has dicho, de que tuviese otra amiga. No es por ahí, pequeña.

—¿Entonces?

—Trato de evitar que tu hermana pueda verse involucrada en un escándalo monumental y también, hipotéticamente y en principio, acusada de asesinato. Puede que lo haga por ti..., pero quiero impedirlo mientras esté en mis manos.

—¿Qué puedo hacer yo, Graham? —preguntó tratando de serenarse y con evidente intención de colaborar.

—En primer lugar hablarme de tu familia. Luego convencer a Eva, por su propio bien, de que sea sincera conmigo.

Un rictus de amargura ensombreció las bonitas y exóticas facciones de Noemí.

—¿Mi familia dices? Ése es un detalle aleatorio en mi vida. Todos tenemos una familia, pero ninguno la hemos elegido. Aunque no ignoro que los hay que se sienten a gusto con la suya. Tú sabes que ése no es mi caso. De siempre he sido una chica díscola, rebelde... ¿A qué viene eso ahora? Divago, sí. Me marché de casa un año antes del fallecimiento de mi madre para encauzar mi existencia como yo la concebía. Papá prácticamente se había olvidado de mi en sus últimas voluntades, por razones obvias, y no esperaba que mi madre mejorase las condiciones a su muerte; ni me importaba lo más mínimo desde luego.

—No es de ti de quien quiero que me hables —la interrumpió el

rubio.

—Sí, Graham, perdona. Eva y Maggie han sido más de la familia. Ella lo ha tenido siempre todo...

—¿Eva?

—Sí. Y por un amor pleno de romanticismo que no sólo admito, sino que justifico, lo va a echar si no lo ha echado ya todo por la borda. En el fondo, es una rebelde como yo. Aún estoy por entender cómo se casó con Malcolm. Presiones familiares a las que entonces aún atendía. Mamá fue siempre muy machacona. Hasta les inculcó a ella y a Maggie su pasión por los tangos que nacía de su frustrada pasión por Carlos Gardel. Alicia Duarte había nacido en Buenos Aires...

Le explicó el romance de su madre con el popular y malogrado cantante de tangos. Después prosiguió:

—Ni el rápido matrimonio con papá, se conocieron en un viaje que él realizó a la Argentina, algo así como un flechazo, fue capaz de apagar la llama ardiente del amor que ella sentía por Gardel. De ahí que en casa nos pasásemos la vida escuchando tangos. Incluso en su agonía le pidió a Eva que pusiera un disco de Gardel...

—¿Cuál?

—Si la memoria no me falla... Aquel tapado de armiño.

—¡Vaya! —exclamó McKenna.

—¿Qué tiene eso de particular?

—Nada y mucho —repuso él. Insistiendo—. Pero sigue. ¿Cómo fue que Eva se casó con Malcolm Stewart?

—Papá tuvo mucho que ver en eso. Malcolm, además de que como hombre no está nada mal, aunque resulta frío y simple, impersonal, es hombre de fortuna. Dueño de dos importantes joyerías y miembro del gremio de joyeros de Nueva York. Creo que actualmente ocupa el cargo de secretario. Se pasa la vida fuera de la ciudad... Esa circunstancia segura de que ella nunca ha estado enamorada de Malcolm.

—Eso es obvio. ¿Qué me dices de Maggie?

—Creo que ya pudiste formarte una composición de lugar la otra noche, ¿no? Es un caso clínico de sumisión familiar. La dignidad, el buen nombre, los convencionalismos. Todo eso encaja en ella. Es un pozo de frustraciones. Nunca ha sabido vivir por sí sola. Pese a que papá le dejó un buen pellizco siempre ha caminado pegada a las

faldas de Eva... Hasta el extremo de que ésta se la llevó a vivir con ellos cuando se casaron porque temía dejarla sola. De pena. Además, y aunque lo lleve de garganta para adentro, sus escasos atributos físicos la han acomplejado y hundido de siempre. Idolatraba a mamá y hasta aprendió a cantar tangos para complacerla. Bueno... —Miró rectamente a los azules ojos del policía—. ¿Te he aclarado algo con estas explicaciones?

—Aparentemente nada. Pero eso nunca se sabe al principio.

—¿Quién puede haber asesinado a Ayala?

—Si lo supiera estaríamos en el final, pequeña. Todo es muy confuso... Pero lo que sí es evidente es que alguien quiere muy mal a tu hermana y trata de perjudicarla ostensiblemente. De dos maneras: una, asesinando al hombre de quien ella estaba enamorada; otra, tratando de implicarla en el crimen.

—¿Cuando la prensa airee el asesinato...? —Noemí no se atrevió a completar la pregunta.

—Por el momento, tranquila. El nombre de tu hermana no aparecerá para nada. Nosotros nos encargaremos de ello. Ahora, por encima de todo, es necesario que me acompañes a hablar con Eva y la convenzas de que sea sincera y de mi interés por ayudarla.

—De acuerdo, Graham.

—¡Caramba! No esperaba volver a verle tan pronto, McKenna. ¿Es que ha decidido pedir la mano de mi hermana?

Forzó una sonrisa.

—No exactamente.

Estaban acomodados en el salón-fumador de la magnífica quinta que los Stewart poseían en la parte alta de Riverside Drive.

—¿Entonces? ¿A qué se debe vuestra visita? Los dos juntos... Me había hecho pensar...

Graham fue muy brusco, tratando de sorprenderla:

—¿Quién ha asesinado a Carlos Héctor Ayala, señora Stewart?

Una pincelada cadavérica descendió sobre el rostro perfecto de Eva Locke. Hizo un increíble esfuerzo por recomponerse en cuestión de segundos.

—¡Eh...! No lo comprendo. ¿Cómo ha dicho? ¿Se refiere al cantante de tangos que actúa en nuestro club nocturno?

¿Asesinado, dice?

—Quiero ayudarla, Eva, y Noemí lo sabe. Pero para ello es

necesario que usted colabore conmigo. Sabe perfectamente que Ayala está muerto porque usted se encontraba con él en el momento de cometerse el crimen. Empezemos por ahí...

La dueña de la casa se puso en pie bruscamente. Su expresión era altiva y desafiante. Anunció:

—Sargento McKenna, me veo en la obligación de pedirle que abandone este lugar inmediatamente. ¿O acaso dispone de una acusación formal contra mí?

Negó tristemente con la testa.

—No, desde luego. Pero tampoco me será muy difícil obtenerla. ¿Por qué no trata de ser razonable? ¿Es que no se da cuenta de que va a verse involucrada en un escándalo que arruinará su vida y la de quienes la rodean?

—Eva, ¡por Dios! —intervino Noemí, acercándose a su hermana para enlazarla por la cintura—. Cree lo que te dice. Sólo trata de ayudarte. Es absurdo que niegues evidencias que... que ellos tardarán poco en confirmar —le acarició los cabellos—. Estabas con él, ¿verdad?

Se vino abajo. Sobre el asiento de nuevo. Abatida. Tapándose el rostro con ambas manos, sollozó:

—Si...

—Cálmese, se lo ruego —habló McKenna. Añadiendo—: Es necesario que se sosiegue y me explique todo lo sucedido.

Trató de dominar el llanto. Luego, con voz ahogada, inició el relato de lo sucedido en el apartamento de Carlos Héctor Ayala. Dijo después:

—Ya sé que es increíble, que usted no puede dar crédito a mis explicaciones, ¡pero le juro que era ella! ¡Era mi madre! La noche anterior, en la sesión de espiritismo, cuando a través de la médium entré en contacto con mamá, me amenazó con matar a Carlos Héctor si no me apartaba de él.

Graham McKenna frunció el entrecejo al tiempo que se mordía el labio inferior. Las últimas palabras de Eva Locke habían despertado poderosamente su interés; preguntó:

—¿Es usted, digamos, aficionada al espiritismo?

—Sí... La propia mamá, en vida, me acostumbró a ello. Nos llevaba a Maggie y a mí a las sesiones de *madame* Sandra. Se ponía en contacto, con frecuencia, con el espíritu de Carlos Gardel.

—¡Ah, vaya, *madame* Sandra! —exclamó el policía.

—¿La conoce?

—Sí —afirmó. Añadiendo—: Le ruego que fuerce su memoria y me cuente punto por punto lo sucedido en esa sesión de espiritismo. Puede ser importante.

Entre sollozos e interrumpiéndose con frecuencia para dominar el llanto que la invadía, consiguió completar el relato. Terminando:

—Ya sé que para usted, esto resultará tan absurdo como mi explicación sobre la muerte de Carlos Héctor... Pero le vuelvo a jurar que es la única y auténtica verdad.

—Y yo la creo, Eva. Sé que usted no mató a Ayala porque lo amaba demasiado y admito que usted creyese ver a su madre... Pero debe comprender que ello es imposible. ¿Hay alguna persona que conociese sus relaciones con el cantante y pudiera tener interés...?

Eva Locke casi brincó en la silla.

—¡Stacy... Stacy Morrison! El socio de mi marido.

—¿Qué ocurre con él?

—Está enamorado de mí, me asedia continuamente y la otra noche... —se interrumpió.

—Por favor, cuénteme lo que sucedió entre usted y él la otra noche. Porque sucedió algo, ¿verdad? ¿Trató acaso de coaccionarla, amenazando con descubrir su idilio con Ayala sino accedía usted a...?

—¿Cómo lo sabe?

—Sólo deduzco. Explíquese.

Narró detalladamente lo sucedido en el despacho del Blue Jeans. Graham le preguntó cuando hubo terminado:

—¿Sabía Morrison que usted asiste a las sesiones de espiritismo?

—Quizá... Es posible que yo, en alguna ocasión, se lo haya comentado. Pero no lo recuerdo con exactitud.

McKenna se puso en pie. Dijo:

—Es todo por el momento, señora Stewart. Le prometo hacer lo imposible para que sus relaciones con Carlos Héctor Ayala no trasciendan a la prensa... Y creo que podré conseguirlo. A usted le corresponde ahora mantenerse serena y tranquila dentro de lo que cabe. Ningún comentario con nadie acerca de lo sucedido y de cuánto me ha explicado a mí, ¿de acuerdo?

—Sí... de acuerdo. Y gracias por todo, sargento. ¿Me tendrá al corriente de sus averiguaciones?

Al tiempo que le estrechaba la mano, repuso:

—Lo procuraré. Y si no, Noemí se encargará de ello.

Ambas hermanas se estaban besando. La menor acariciaba a Eva pronunciando frases de ánimo.

Estaban ya en el corredor cuando se tropezaron con Maggie que avanzaba colgada del brazo de un hombre alto, apuesto y elegante, que debía contar unos bien llevados cuarenta y cinco años.

Tras la pareja uno de los fámulos les seguía acarreando un par de maletas.

—¡Vaya! —exclamó con su habitual simpleza Maggie Locke—. ¡Pero si es el sargento McKenna! ¿Cómo usted por aquí? —Y antes de que el rubio policía tuviese tiempo de reaccionar, ladeándose hacia el hombre de cuyo brazo estaba materialmente colgada, le dijo—: Este caballero es el pretendiente oficial de Noemí... Sargento McKenna, le presento a mi cuñado Malcolm.

Se estrecharon las manos cruzando las palabras de ritual.

—Había venido precisamente para hablar con usted, señor Stewart. Pero su esposa me ha dicho que estaba de viaje...

—Acabo de regresar. ¿Sucedo algo, sargento?

—¡Que a lo mejor quiere casarse con Noemí...!

—¿Quieres dejar de ser tan estúpida, Maggie? —intervino la aludida.

—Verá... —Siguió el rubio policía—, se trata de algo desagradable. Carlos Héctor Ayala, intérprete de tangos que actuaba en su *night-club*, ha sido asesinado esta madrugada...

—Sí, lo he leído en uno de los periódicos que he comprado al llegar al aeropuerto. Es muy triste, desde luego. Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros?

—¡Nada, nada...! —se apresuró a exclamar Graham.

—¿Carlos Héctor asesinado? —interrumpió una vez más, inoportuna como siempre, Maggie Locke. Y se llevó las manos a la cara—. ¡Santo cielo, qué horror! ¿Y quién...?

—Eso quisiera saber yo —sonrió forzosamente el sargento de la Brigada de Homicidios. Para dirigirse de nuevo a Malcolm Stewart, añadiendo—: Sólo trataba de averiguar si ustedes sabían algún detalle específico de la vida de Ayala. Llevaba ya bastante tiempo

actuando en el Blue Jeans.

—Así es, sí... Pero del funcionamiento del club y de la contratación de artistas se encarga mi socio Stacy Morrison.

—Eso mismo acaba de comunicarme su esposa. Me pondré en contacto con él —le tendió de nuevo la diestra—. Lamento haberles molestado...

—No ha sido molestia —anunció Eva.

—Desde luego... —Corroboró su marido—. Puede volver cuando quiera, será bien recibido. Máxime si usted y... —Palmeó la mejilla de Noemí—, qué callado te lo tenías, cuñadita. A ver si a partir de ahora vienes a vemos con más frecuencia, ¿eh? Por lo menos, haznos saber cuándo te casas...

—Te estás contagiando de Maggie, cuñado. Nos vamos, Graham tiene mucho que hacer.

Minutos después salían de la residencia.

Ya en el auto del policía, Noemí, tras recibir un exhaustivo beso en la boca y saborearlo, preguntó:

—¿Qué opinas ahora, Graham?

—Más o menos lo mismo que antes. Alguien trata de complicarle gravemente la vida a tu hermana.

—Pero eso de que mi madre haya matado a Carlos Héctor...

—Un montaje. Lo mismo que la sesión de espiritismo. Tengo que hacer muchas visitas y empezaré por mi amiga Sandra Field. Presiento que tiene cosas importantes que explicarme.

Noemí Locke lo miró fijamente a los azules ojos. Advirtió:

—Mucho cuidadito con esa tía, ¿eh? Tengo entendido que está hecha una zorra de cuidado.

El soltó una tenue carcajada.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

La chica estaba evidentemente mosqueada.

—¡Déjate de ironías y bobadas, Graham! Es del dominio público que esa farsante es un pendón como la copa de un pino. Antes de dedicarse a estafar incautos regentaba una casa de tapadillo de altos vuelos.

—¡Vaya...! Pues sí que estás empollada...

—¡Graham! Todo esto no me hace ninguna gracia.

—¿En tu apartamento esta noche?

—¡No!

Volvió a besarla con largueza en los labios.

—Sí, canalla —jadeó la preciosa Noemí sin apenas aliento.

CAPÍTULO III

—Con este tiempesito, ¿también te gusta remojarte las vergüenzas, preciosa?

Debía gustarle, sí.

Porque estaba tendida, con tentadora indolencia, sobre los baldosines multicolores que enmarcaban el rectángulo acuoso de la piscina, situada en el enorme claro rodeado de cuadros de césped, flores y setos, que se abría en el centro del inmenso y bien cuidado jardín que rodeaba la estupenda y lujosa residencia que la mujer poseía en Boulevard *Cross Bay*, en el corazón paradisíaco de aquella zona neoyorkina del Queens denominada JAMAICA BAY, a la que el agua y las zonas verdes habían tratado de trasladar el ambiente y la fragancia de las Antillas.

—Hay un termo que regula la temperatura del agua, muñeco. Y está muy apetecible, ¿sabes? Una auténtica caricia para el cuerpo. Aunque yo, la verdad, preferiría que me lo acariciase... Antes venías por aquí con, digamos mucha más frecuencia, Graham.

Metidas las manos en los bolsillos del tabardo, como de costumbre, ahuecó el labio inferior alzándolo por encima del superior para soplarse el flequillo y repuso:

—Es que me he vuelto más responsable.

—¿Se trata de un insulto?

Sacó ambas manos velozmente poniendo las palmas de cara a la mujer. Como si pidiera disculpas.

—¡No! —exclamó—. Nada de eso, prenda. Quiero decir que el trabajo me absorbe y apenas me deja tiempo para ocuparme de los sabrosos placeres mundanos. Oye, ¿has perdido la otra mitad del bikini?

Se refería a la pieza superior que brillaba por su ausencia.

—¿Te importa?

—¡Qué va, linda! Así estás mucho mejor.

—Antes te gustaba...

—Y me sigue gustando, ¡palabra!

Ella hizo ademán de incorporarse al tiempo que preguntaba:

—¿Me acompañas al dormitorio, Graham?

Negó con la áurea testa.

—No. Y perdona. Pero será mejor que hablemos aquí.

—¿Asunto profesional por lo que veo, no?

—O. K. ¿Conocías a un tipo llamado Carlos Héctor Ayala?

—Lo conozco de nombre. Una de mis clientes está chalada perdida por él. Te lo comento porque me has dicho que tu visita es profesional. Ya sabes que acostumbro a guardar un riguroso secreto de lo que se habla en las sesiones...

—Se han «cepillado» a Ayala.

—¿Muerto?

—Del todo, Sandra.

—¿Y qué tengo yo que ver en eso?

—En el crimen supongo que nada. Pero en el montaje que os «cascasteis» en la última sesión a que asistió Eva Locke, imagino que mucho. Háblame de eso, Sandra.

Era una mujer preciosa, desde luego. Nadie podría intuir de buenas a primeras su verdadera edad porque gracias a la cirugía estética, todo hay que decirlo, Sandra Field se mantenía como a los veinticinco cuando ya había rebasado de largo la frontera de los cuarenta. Y allí donde faltaba la pieza superior del bikini, la tersura de la piel y la erecta pujanza, también eran las de una joven veinteañera.

Muy deseable y apetecible todavía, sí.

Graham sabía algo de eso también. Se había tomado la molestia de comprobarlo. En otros tiempos, desde luego. Antes de la estética. Pero las cosas seguían igual. Hasta valía la pena efectuar una nueva comprobación..., pero como el sargento McKenna decía haberse vuelto muy responsable, Pues eso...

—¿No estarás insinuando que yo...?

—Estoy afirmando que tú y tus adláteres, siguiendo instrucciones de alguien, preparasteis un montaje de corta para confundir a Eva Locke. Pero eso, después, se ha complicado con un crimen. De no ser por el asesinato te lo toleraría, prenda. Ya sabes que he hecho la vista gorda en muchas ocasiones. De lo contrario,

no lo olvides, te hubieras pasado muchas temporadas en el talego por fraude y engaño. Así que ahora, en justa reciprocidad a mi benevolencia, espero que me expliques cómo y por cuenta de quién, ¿eh?

—Voy a decepcionarte —repuso, mientras se incorporaba, tendiendo a Graham el sujetador del bikini que tenía bajo sus nalgas para que se lo ciñera alrededor del busto, cosa que hizo. Añadiendo—: Fue Charles Adjani el que llevó ese asunto. Él es quién se encarga de la parte digamos sucia del negocio.

McKenna arqueó las cejas burlonamente.

—¡Claro! ¿Cómo he podido pensar que tú...? Una mujer tan digna y honesta...

—Menos guasa, Graham.

—Eso mismo digo yo, linda. Y empiezo a cansarme. De veras que no me gustaría llevarte a comisada. Aunque si te empeñas...

Las cristalinas y transparentes pupilas azuladas de la hermosa hembra ensombrecieron.

—¿Me estás amenazando?

—Sí. Ya te he dicho que hay un asesinato de por medio. Quiero respuestas y explicaciones concretas, Sandra.

—Ven...

Caminaron hacía dos tumbonas que se hallaban situadas paralelamente. La preciosa mujer se tendió en una invitando al policía a que hiciese lo propio en la otra.

Una vez acomodados habló:

—Te acabo de decir la verdad, Graham. De esa parte del espectáculo se encarga Charles. Lo hacemos así para dejar a salvo, de cara a la galena, la integridad del espiritismo. El cliente o persona que trata con él supone que yo ignoro los manejos de Charles, cree que yo actuó de buena fe, ¿entiendes?

—No mucho. Pero si tú lo dices. ¿Qué pasó con lo de Eva Locke?

—Alguien trató con Adjani y le dijo lo que quería que sucediese en la sesión, las palabras que yo debía pronunciar... Bueno, no yo sino el que tenemos en la sala de grabaciones que se encarga de los efectos sonoros y de la imitación de voces. Le proporcionó también a Charles un disco de Ayala, porque yo debía interrumpirme en un momento determinado de mi supuesta situación de trance y emitir unas estrofas de un tango...

—¿«Aquel tapado de armiño»?

—¡Sí...! ¿Cómo lo has sabido?

—Forma parte de mi oficio. ¿Cómo se llama la persona que se puso en contacto con Charles?

—Tendrás que preguntárselo a él.

—¿Quieres decir que tú no sabes...?

—Quiero decir y sólo te lo digo a ti porque no se lo diría a ningún otro policía, que para cubrir el expediente y quedar a salvo de cualquier posible acción judicial si hubiese lugar a ella, sólo Adjani sabe la identidad de quienes pretenden algún tipo de manipulación...

—¿Y se aviene a correr él solito el riesgo?

—No sufras, cariño. Ese riesgo se lo cobra en efectivo y con largueza. Yo sólo me llevo las migajas, aunque lo dudes. Todo lo que ves a tu alrededor no ha salido del espiritismo...

—Sino del bolsillo de tus amigos y de los dividendos que te proporcionó la casa de citas, ¿no?

—Exacto. Si no fuese porque lo del espiritismo es mucho más elegante y selecto...

—Volverías a tu antiguo empleo de Celestina, ¿no?

Ella sonrió tentadoramente.

—Sí, a no ser que un hombre joven, guapo y deseable como tú, me jubilara. Sería todo para él... para ti.

—Eso es intento de corrupción a un miembro de la policía. Me estás proponiendo que me convierta en tu «macarra».

—Si te gusta más así.

—Sigue como médium, preciosa. Te va más ese papel que el otro. Y volviendo a lo mío... ¿Sabes que no me has ayudado en nada?

—Adjani podrá hacerlo.

—¿Dónde vive?

—Estará durmiendo a estas horas y suele despertarse de muy mal humor.

—Entre rejas se le pasará. No te preocupes. ¿Dirección?

—Sea Wiew Avenue, 560.

—¿Dónde queda eso, prenda?

—Frente al Moravin Cemetery en Staten Island.

Graham McKenna se alzó de la tumbona y se inclinó

seguidamente sobre Sandra para besarla en la boca generosamente.

Ella estiró las manos y lo atrapó por la nuca.

—Quédate, amor. Hace tiempo que no...

—El deber me sigue reclamando, muñeca. Recuerda aquello de la obligación y la devoción.

Lo rodeó con más fuerza.

—¡A la mierda la obligación, Graham! Te necesito, te deseo...

McKenna, pese a haberse vuelto más responsable, era débil. La carne es débil. Se quedó, sí.

Para abandonar la residencia de Sandra Field dos horas largas después de su llegada.

CAPÍTULO IV

Había sido una mañana movidita, sí.

Primero el crimen, luego la visita a Eva Locke, después la charla con Sandra, la tentadora farsante del espiritismo y fiel cumplidora de los designios de Eros... No en vano había dicho Noemí que todo aquello no le hacía ninguna gracia.

Graham decidió darse una vuelta por comisaria. Entre otras razones para comer un bocado en el restaurante adyacente.

Dustin Howard le estaba esperando en el despacho que ambos compartían.

—¿Dónde andabas?

—Consultando a mi enlace para apostar en las carreras de caballos. ¿No sabías que yo también fomento el vicio?

—Cualquier cosa. Los de dactiloscopia han trabajado deprisa. En el apartamento de Ayala, además de las tuyas, han aparecido huellas de otras dos personas. Voy a mandarlas a Washington para que las comprueben en los ficheros generales. Por las copias de las tarjetas de identidad pronto sabremos...

—No te molestes, Dustin. Unas serán las de la mujer de la limpieza...

—Ahora que la nombras... Después de que se repusiera del susto que le produjo descubrir el crimen, he conseguido interrogarla. Dice que una mujer visitaba con frecuencia al cantante.

—Eva Locke. De ella deben ser las otras huellas.

—¡Eh! ¿De dónde sacas esa deducción? Ya te he dicho esta mañana que tenías alguna carta escondida debajo de la manga. ¿Quieres explicarte?

—Quiero. Pero no nos aclara nada, va por anticipado. Se explicó.

—¿Cómo sabías lo de las relaciones entre Eva y el cantante?

—¿Olvidas que estoy un tanto conectado a la familia a través de

Noemí? La otra noche, en el Blue Jeans, pude comprobar las atenciones que Carlos Héctor le dedicaba a Eva. Saltaba a la vista que entre ellos había algo más que una simple amistad.

—Sigo sin entender por qué se han «cargado» a Ayala.

—Estás perdiendo facultades —sonrió el rubio. Ampliando—: Celos, Dustin, celos.

—¿De Ayala?

—De Eva. Alguien la odia y muy profundamente. Como se odia a las mujeres que lo tienen todo: belleza, posición social, marido, amante. Celos y venganza. Han asesinado al hombre por el que ella estaba loca y de paso, al menos en principio, la involucran en el crimen y consiguiente escándalo.

—Pero tú estás dispuesto a evitarlo, ¿no?

—Mientras pueda, sí. Por Noemí.

—Muy sentimental. De lo que me has dicho hasta ahora... —Dustin se mordió el labio inferior al tiempo que forzaba un rictus meditativo—, deduzco o debo deducir que el asesino es una mujer.

—¡Bingo! La madre de Eva, Alicia Duarte.

—Déjate de estupideces! ¿Quién, qué otra mujer podría odiarla tanto?

—Espero que nos lo diga Charles Adjani. El trató con ella para seguir sus instrucciones respecto al montaje. Con eso sólo se ha pretendido confundir más a Eva. ¿Quién iba a creerla cuando dijera que su madre, muerta hace varios años, había asesinado delante de ella a Carlos Héctor Ayala?

—Nadie. Y en lo que a mí respecta, sigo sin verlo demasiado claro. ¿No era más práctico contárselo a su marido y evitar un crimen?

—Demasiado sencillo. Malcolm Stewart puede verse forzado a ser un marido tolerante. Su situación no le permite escándalos. El asesino sabía que por ese lado poco daño podía causarle a Eva.

—¿Tendrás alguna hipótesis, no? —inquirió Howard con cierto nerviosismo.

—Estás torpe, Dustin —repuso el otro—. Acabo de decírtelo. Una mujer cometió el crimen.

—¡Ah, ya! Y como en Nueva York hay muy pocas...

—Que puedan odiar a Eva Locke, pocas, desde luego. El círculo es limitado, pero de todas formas hay que moverse con rapidez.

Ayala gozaba de cierta popularidad y si los de la prensa se impacientan me va a ser difícil detenerlos. Eso es precisamente lo que ahora está esperando el asesino. Voy a comer algo y me daré una vuelta por casa de ese majadero de Adjani.

—¿Voy contigo?

—No es necesario. Quédate aquí por si se produce alguna novedad.

—O. K.

Sea Wiew Avenue, 560.

Era un moderno edificio dedicado en sus dos primeras plantas a oficinas comerciales y el resto a apartamentos.

Con su uniformado portero y todo.

—¿Qué desea, señor?

Para evitarse explicaciones y palabras baldías le mostró la credencial.

—¡Ah! —exclamó el otro, poniéndose muy serio—. Siempre he sido un colaborador de la Ley. Eso ante todo.

—Pues le felicito, hombre, le felicito —sonrió, dándole una palmada al reluciente uniforme—. La Patria se lo agradecerá, no lo dude. Ya se ha abierto una suscripción popular para erigirle una estatua al ciudadano colaborador. Y ahora, si no le importa, ¿me dice cuál es el piso de Charles Adjani?

—Planta 17 letra H. ¡Eh! —exclamó acto seguido viendo que el policía se encaminaba hacia el elevador.

Volvió la cabeza.

—¿Decía algo?

—Sí. Esto... es que el señor Adjani trabaja por las noches y se retira de madrugada, ¿sabe?

—Sé. ¿Y qué?

—Que aún debe estar en la cama.

—¡Ah! ¿Era eso? No se preocupe, fiel cumplidor. Conozco multitud de nanas. Le despertaré en un verdadero arrullo, se lo prometo.

Y se metió en el ascensor mientras el portero murmuraba entre dientes:

—Un policía simpático, desde luego. Así tendrían que ser todos.
Planta 17. Letra H.

Pulsó el zumbador con insistencia para interrumpir el sueño del

amañador de sesiones de espiritismo.

Nada.

Pegó el oído a la hoja de madera.

Pues tenía que estar despierto a juzgar por la música que a través de la puerta llegaba hasta la oreja de Graham. Insistió con el timbre mientras seguía con la oreja pegada... Debió írsele el cuerpo unos centímetros adelante y eso, con sorpresa, le hizo comprobar con evidente disgusto también que la puerta estaba entreabierta.

—No me gusta nada —masculló, encogiendo la nariz.

Y echó mano de su «38» reglamentario al tiempo que empujaba la madera lo suficiente para que acabase permitiendo el paso de su cuerpo.

El pasillo estaba alfombrado.

Revólver en ristre y avanzando con precauciones le llegó ahora, con audible claridad, la música y su letra. Y fue la letra, que repetía una y otra vez monotonamente la misma estrofa: Como si de un disco rayado se tratase, lo que le hizo erguirse y envararse cual si acabase de picarle una serpiente.

¡Lo mismo que en el apartamento de Carlos Héctor Ayala!

¡Y era su voz la que estaba repitiendo incansablemente aquel estribillo!

... Cuando pasaste a mi lado prendida a tu gigolo, aquel tapado de armiño cuántas penas me causó.

Abandonó todo tipo de precauciones porque aquella estrofa machacona hacía presagiar lo peor, lo irremediable.

Asomó al *living* como una exhalación mirando de un lado para otro.

No hacía falta mirar tanto. La cosa estaba clara y bien a la vista. Charles Adjani, desplomado sobre la alfombra, de lado, con un par de balazos en la frente. O el asesino tenía una envidiable puntería o había disparado desde muy cerca.

McKenna guardó el revólver en la sobaquera y se inclinó hacia el cadáver. Las chamuscaduras que la pólvora había dejado sobre la piel evidenciaban su segunda suposición: el criminal le había abatido a bocajarro.

Graham soltó un taco entre dientes mientras seguía contemplando con un rictus de rabia e impotencia el cadáver de Charles Adjani. El asunto, a partir de aquel momento, empezaba a

complicarse. La cosa era bastante más grave y seria porque un segundo asesinato ponía en franquicia al criminal con respecto a las averiguaciones hasta entonces realizadas por Graham ya que, con Adjani, habían muerto también las posibles o seguras pistas.

Al menos, sellados los labios de Charles para siempre, difícilmente podrían pronunciar el nombre del asesino.

Se lo había tomado con demasiada filosofía convencido, por una absurda razón intuitiva, de que aquel caso tenía que caer pronto como si de fruta madura se tratase. Era un error que su experiencia no debía haberle permitido. Más preocupado por el hecho de evitar que Eva Locke se viese involucrada en un escándalo —cosa que a él, como policía, debía de tenerle muy sin cuidado—, que por su obligación de obrar fríamente y con lógica, prescindiendo de sentimentalismos y tomando las debidas precauciones para cerrarle los posibles caminos a la persona que había montado aquella trama criminal que ya se cobraba dos vidas, su pecado de negligencia quedaba ahora al descubierto cerrándole sus caminos y dejando abiertos los de quien, muy inteligentemente, parecía haber previsto su forma de actuar en aquel caso concreto.

—¡Maldita sea mi stampa!

Y el tocadiscos, machacón, indiferente, seguía repitiendo con monotonía:

... Cuando pasaste a mi lado prendida a tu gigolo, aquel tapado de armiño cuántas penas me causó.

Se fue recto al mueble y paró de un furioso manotazo el plato giratorio. Se quedó, durante unos segundos, mirando el microsurco, como si en aquella circunferencia negra y rayada pudiese encontrarse la explicación, la solución...

Aquel tapado de armiño...

Debió ser su intuición que esta vez funcionó perfectamente. El caso es que se revolvió convencido de que alguien le estaba observando.

Cierto.

La mujer del gabán negro y la cara de piel arrugada. Con una mueca asesina crispando sus facciones. Y la enorme y pavonada automática en su diestra.

¡Había estado compartiendo la estancia, varios minutos, con el... la asesina!

¡Y sin enterarse!

Se acentuó la mueca letal en el rostro de la anciana.

Fueron fracciones de segundo las que empleó en brincar como una exhalación planeando por encima del sofá y caer al otro lado protegiéndose tras él.

¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC!

Sonaron los taponazos y las balas silbaron lúgubrementemente por encima de su testa. Extrajo el revólver, pero se abstuvo de asomar la cabeza. Ella tenía todas las ventajas por su posición y nada más asomara la testa se la volaría.

Giró sobre si vertiginosamente al tiempo que se ponía de pie con ágil salto y oprimía el gatillo enfilando el cañón justo hacia el lugar donde debía encontrarse...

Donde debía, pero no se encontraba.

Escuchó el portazo y el girar de una llave en el interior de la cerradura.

Voló por el pasillo cargando con fuerza contra la puerta.

Inútil.

Cuando consiguió hacerla saltar de los goznes y llegar al rellano lo encontró todo solitario y desierto.

Los ascensores no registraban movilidad. Eso quería decir que el asesino había usado la escalerilla de incendios o que permanecía oculto en alguno de los descansillos. Inició una batida con resultados negativos y acabó bajando al vestíbulo para hablar con el portero.

El otro se asustó al verlo revólver en mano.

—¡Eh! ¿Qué sucede?

—¿Acaba de salir una mujer por aquí?

—No... no señor. Desde que ha entrado usted no ha vuelto a pasar nadie. Pero... ¿qué es lo que ocurre?

—Nada. No se preocupe.

McKenna regresó al apartamento.

Y volvió a mirar el disco mientras seguía maldiciéndose para sus adentros por las reiteradas torpezas en que estaba incurriendo desde que por la mañana le asignaran el caso.

Aquel tapado de armiño...

Se fue al teléfono convencido de que dándole vueltas a tango y disco no iba a solucionar nada. Se puso en comunicación con Dustin

y tras explicarle sucintamente lo sucedido le pidió que enviase a los muchachos y una ambulancia.

Después registró el apartamento. En uno de los armarios encontró ropas de Charles, varias chaquetas, y en una de ellas una agenda de bolsillo que recorrió página por página cuidadosamente.

Hasta que al llegar a la letra «S» se llevó una sorpresa mayúscula. Porque allí figuraba...

Malcolm Stewart, Riverside Drive 1624. Teléfono WE 3-6158.

¡El marido de Eva Locke!

¿Qué relación podía haber tenido con Charles Adjani?

Se fue de nuevo al teléfono. Ignoraba si Noemí estaría en pleno pase de modelos y también le importaba un rábano.

—¿Qué sucede ahora, Graham?

—No tengo tiempo para explicaciones, pequeña. Te espero dentro de media hora en

GRILL'S

ROOM delante del Central Park.

—Pero...

Colgó. Y alzando de nuevo el auricular marcó el número que según lo anotado en la agenda de Adjani correspondía a Malcolm Stewart.

Una vez hubieron llegado los expertos y el forense, quien le comentó que se verían en el próximo asesinato con ironía fuera de lugar, McKenna salió del apartamento sin responder a la broma de mal gusto del médico.

Su inicial impresión de que con la muerte de Adjani el asunto se complicaba, era más que cierta. Furioso aún por haber permitido que el asesino se le escapase de entre los dedos, la mayor de las complicaciones sin duda porque otra ocasión como aquella no volvería a presentarse, pensó que el carrusel de sospechosos que giraba en su cerebro se había ampliado considerablemente.

Por si fuera poco, Malcolm Stewart.

Pero ¿quién era la persona que estaba encamando el papel de la difunta Alicia Duarte? ¿Y, por orden de quién?

Todo eso tendría que averiguarlo y deprisa. Porque en el fondo, aún seguía empeñado en evitar que Eva Locke se viera inmersa en el escándalo.

¿Tan enamorado estaba de Noemí?

—¡Bah! —exclamó, dando un manotazo al aire—. Mira lo que se me ocurre pensar en estos momentos.

CAPÍTULO V

—¡Caramba, cuñadita! —exclamó asombrado Malcolm al observar la presencia de la hermana menor de su esposa en una de las mesas cercanas al mostrador del

GRILLS'S

ROOM—. Está comprobado que o pasamos un par de años sin vernos o nos tropezamos dos veces en un mismo día —se mordisqueó el labio inferior, dubitativo, antes de aseverar—: Aunque no creo que esto se deba a una simple casualidad, ¿cierto?

—Posible que estés en lo cierto, Malcolm. Imagino que nos ha citado aquí la misma persona —respondió Noemí.

—Sí, eso mismo creo. Y creo también que ese amiguete tuyo... ¿cómo se llama?

—Graham McKenna.

—Pues que el tal McKenna se está pagando. Su llamada ha sido muy escueta y perentoria y de no ser porque ha apuntado no sé qué de un escándalo y que se trataba del bien de Eva... Muy confuso. Sigo pensando que por muy policía que sea...

—¿Qué ocurre por muy policía que yo sea, señor Stewart? —Graham se había plantado ante la mesa que ocupaban Malcolm y Noemí de improviso, lo mismo que si hubiese surgido del suelo.

—¡Vaya, aparece usted como el fuego fatuo! —Malcolm trató de bromear para distraer la atención del recién llegado, de las últimas palabras pronunciadas.

—Todo yo soy cosa de cementerio. Como el fuego fatuo, sí. Le agradezco que haya venido.

—Eso le estaba diciendo a Noemí...

—Hola, pequeña —y la besó en la mejilla.

—¿Qué sucede, Graham? —inquirió la bellísima y exótica muchacha tras corresponder a la caricia.

—Han asesinado, casi en mis propias narices, a un hombre

llamado Charles Adjani —dijo, sin circunloquios, entrando de lleno en materia.

—Dos veces que nos hemos visto hoy, sargento, y ambas para comunicarme asesinatos, que aun siendo muy de censurar, nada tienen que ver conmigo. De eso me quejaba al llegar usted. Y he acudido por su tono casi trágico de enfocar la cuestión ya que son muchas mis ocupaciones y no puedo permitirme el lujo de perder el tiempo...

—No se trata de hacerle perder su tiempo —le atajó con seca brusquedad el sargento de la Brigada de Homicidios. Agregando tras una pausa fugaz con tono imperioso y un tanto acre—: A usted parece no decirle nada el nombre de Charles Adjani, ¿verdad? —No esperó respuesta, prosiguiendo—: Ni ha pestañeado tan siquiera al oírlo pronunciar y estoy que si le pregunto si le conocía me dirá que no y que hasta ahora jamás había escuchado su nombre, ¿cierto? Y precisamente por eso, para evitar que pierda su valioso tiempo, no se lo pregunto, le enseño esta agenda de bolsillo abierta por la letra «S», le digo que aquí figuran su nombre, dirección y teléfono y añado que este librito pertenecía a Charles Adjani. ¿Nos vamos entendiendo ahora, señor Stewart? ¿Qué tenía usted que ver con ese farsante?

Malcolm Stewart había sido totalmente desarbolado por la seguridad y evidencias exhibidas por Graham en cuestión de segundos.

Comprendió que era inútil encerrarse en una negativa absurda, dada la contundencia de los hechos.

Sólo preguntó:

—¿Tiene que escucharlo Noemí?

—Precisamente la he hecho venir para que usted comprenda que trato de ayudar a proteger a su familia de un más que posible escándalo y del hecho casi cierto, aunque engañoso, de que alguno de sus miembros pueda verse involucrado en una acusación de doble asesinato. No es mi obligación exactamente el ocuparme del buen nombre y reputación de la gente, pero este caso, por circunstancias que prefiero no mencionar, tiene para mí un interés especial y estoy tratando de solucionarlo con la mayor rapidez para evitar que personas, hasta cierto punto inocentes puedan resultar dañadas. Noemí es una mujer de mundo, en el amplio y buen

sentido de la palabra, capacitada para escuchar todo lo que sea necesario. Aunque como se dice ahora, «pasa» de la familia, no deja de ser que Je preocupa todo aquello que pueda deteriorar la imagen de los suyos. Y ahora, hecha esta aclaración, ¿quiere explicarme que tenía usted que ver con Charles Adjani?

—Me citó en una ocasión... —No obstante, se le hacía difícil hablar y las palabras brotaban de sus labios con cierto nerviosismo y contrariedad, hasta con torpeza. Procurando rehuir la mirada de Noemí, prosiguió—: Fue algo parecido a lo de ahora. Me llamó por teléfono y también dijo algo acerca del buen nombre de mi familia, de que estaba en sus manos el evitar que se hablase de mi esposa en términos graves... Total, que acudí. Pronto vi claro lo que pretendía. Simple y llano chantaje. Le dije que el secreto que pretendía venderme no lo era para mí. Estaba más que enterado de los devaneos y la intimidad... —Miró a su cuñada y con tono quedo, anunció—: Perdona. Noemí, pero es la realidad —desvió la mirada, prosiguiendo—: Resumiendo, puse las cartas boca arriba y le expliqué a ese canalla que aunque la gente creyese que el marido era el último en enterarse yo no era tonto y a pesar de que mis ocupaciones me mantenían con frecuencia alejado de la ciudad, estaba al corriente de la infidelidad de mi mujer y de su... digamos romance con Carlos Héctor Ayala y que si encamaba, digamos también el papel de marido complaciente, tolerante, consentido o como quiera llamársele, era por conveniencias.

Hizo un alto en su narración para mirar alternativamente y con rectitud a sus interlocutores. Malcolm Stewart ofrecía la imagen del hombre derrotado, hastiado posiblemente, que se veía obligado a vivir bajo una presión ambiente y una tensión nerviosa producto de su trabajo y de las preocupaciones que se derivaban de los hechos que nacían de su entorno íntimo. Granara creyó intuir que odiaba profundamente el matrimonio contraído en su día, pero no tenía más opción que seguir adelante contra viento y marea, salvando los escollos como buenamente pudiera.

Más o menos, ésa era la encrucijada de Malcolm.

—Adjani —continuó—, que no se daba por vencido, me atacó por ese punto precisamente. También fue claro y concreto. Ne amenazó con destrozarse esas conveniencias aireando las intimidades entre Eva y ese cantante si no le entregaba una cantidad en

metálico. Traté de resistir en principio aun sabiendo que no tenía alternativa. No tuve más remedio que aceptar aunque le advertí a ese chantajista que sólo iba a hacerle entrega de una única cantidad a cambio de su silencio. Eso convinimos y me dio su palabra de que no volvería a molestarme. Le entregué veinte mil dólares.

—¿Cuándo fue eso, señor Stewart?

—Hará un mes y medio poco más o menos.

—Hasta ahora es usted la persona que he encontrado que tenga más motivos para desear la desaparición del mapa de Ayala y Adjani.

Malcolm se puso rígido.

—¡Está usted insinuando...! Puede comprobar mis coartadas si lo desea. He llegado esta mañana de Detroit donde he pasado quince días... ¡Oiga!, he venido para atenderle y colaborar, y usted, a cambio, me está tratando de asesino. Creo que nuestra conversación...

Graham extendió la diestra para ponerla en uno de los hombros de Malcolm Stewart. Dijo:

—Cálmese, por favor, se lo mego. Comprendo que está usted nervioso y que es mucha la carga que usted soporta en estos últimos tiempos. He querido decir que usted tenía sobrados motivos, y es la verdad, pero no que fuese el autor material de los crímenes. Pagó usted el silencio de Charles Adjani y ha tenido que transigir con la aventura romántica de su esposa precisamente por evitar una publicidad que en nada le hubiese beneficiado sino todo lo contrario. Sería absurdo que lo hubiera echado todo por tierra «cargándose» a ambos de la noche a la mañana. Hasta ahí, los razonamientos que se desprenden de la más elemental lógica — McKenna hizo un gesto como de cansancio, hundiendo los hombros después de alzarlos al tiempo que soplaba suavemente. Y agregó—: Eso es lo que me tiene confundido en todo este asunto.

—No le entiendo, sargento —dijo Stewart.

—Cuántas personas tengo al alcance de mi mano para acusarlas de asesinato se me escapan por la misma y lógica razón: a ninguna conviene el escándalo. Y ello, créalo, empieza a confundirme. Porque si no doy pronto con el asesino, ese alboroto público que todos, por una u otra razón y en el fondo las mismas, pretendemos evitar, va a ser imparable. Eso es lo que quiere el criminal y se lo ha

montado bastante bien para conseguirlo.

—¿No tiene usted la menor sospecha, algún indicio, algo, qué sé yo, que le permite albergar una hipótesis concreta? —preguntó Malcolm.

—Ya le he dicho lo que hay con respecto a mis hipótesis. Se vienen abajo por idéntica razón. En fin, señor Stewart, sólo quería saber exactamente lo que me ha contado. Ahora, y aunque eso a mí no me importa, le sugiero que en su casa siga manteniendo las apariencias y la supuesta ignorancia con relación a lo sucedido. Carlos Héctor Ayala está muerto y eso, para usted, en el fondo es un consuelo.

—Aunque le suene absurdo nunca he deseado la muerte de nadie, sargento. Ni la del amante de mi mujer —se puso en pie—. Si no me necesita para nada más...

—No. Y gracias por haber venido.

Malcolm, con severidad y tristeza, se despidió de su cuñada y del policía saliendo acto seguido del establecimiento.

Cuando se quedaron solos Graham y Noemí, anunció ésta:

—Créeme que siento muy de veras las preocupaciones que te estoy creando, amor.

Ladeó la cabeza para rozar con los suyos, muy suavemente, los rojos labios de la muchacha. Ella, estirando su cuello, absorbió la boca del policía saboreando el roce al máximo.

—Tú no tienes la culpa, pequeña.

—La tengo, Graham. Si en este feo asunto no estuviese involucrada mi hermana tú hubieras procedido de forma bien distinta. Los dos nos tenemos por liberales, pero, en el fondo, no podemos zafarnos a los convencionalismos que impone la sociedad porque somos conscientes de que no vivimos solos. A mí me preocupa la suerte que pueda correr mi hermana y tú lo sabes. Si no me amases no te hubieras complicado la vida e irías recto al grano...

—¡Bonito momento para hablar de amor, nena!

—Es la verdad y tú lo sabes —insistió Noemí—. Deja de radicalizar más tu postura anárquica porque con ello solo te engañas a ti. Acepté tus condiciones desde un principio, ¿recuerdas? Hacer vida matrimonial cuando nos apeteciera, nada de explicaciones, nada de ataduras... Pero estás enamorado de mí y me

lo demuestras con hechos que es la mejor manera de demostrarlo. Creo que es una preciosa lección la que me estás brindando. Graham. Y lamento que haya tenido que suceder todo esto para que me abrieses los ojos y pueda verte en tu auténtica dimensión humana...

—Por favor, Noemí. Déjate de sensiblerías. No es lo tuyo.

—Pero soy mujer y me emociona el comprobar que me amen como tú lo haces, que igual que un romántico ochocentista estés arriesgando lo que te ha costado mucho esfuerzo conseguir y lo hagas por mí —el beso escandalizó a los más emancipados de cuantos se encontraban en el local. Fue de película—. Quisiera ayudarte y no sé cómo...

—Estoy completamente confundido —admitió Graham. Añadiendo—: Ese maldito asesino ha jugado bien sus cartas, como si adivinase mis pensamientos y movimientos. Al final todo se irá al garete y ese canalla se saldrá con la suya. En fin, voy a darme una vuelta por comisaría. Quiero hablar con Dustin y encargarle unas averiguaciones...

—¿Alguna pista?

—Muy difícil de seguir y además remota, pero...

Instantes después salieron del

GRILL'S
ROOM.

Dustin Howard tenía un papel encima de la mesa y debajo de sus narices, con el siguiente dibujo:

—Llevo media tarde rompiéndome los cuernos en baldío intento de adivinar qué letra quiso dibujar el cantante...

—Yo he hecho lo mismo dentro de la cabeza y estoy más o menos igual que tú —repuso Graham. Y fue más explícito—: Si subes el palito transversal hasta el vértice y repites lo propio a la inversa, tendrás una «M».

—¿Y...?

—Malcolm, Morrison y Maggie empiezan con «M», ¿no?

—¿Maggie? —se sorprendió Noemí llevándose ambas manos a la cabeza—. ¡Si es incapaz de matar una mosca!

—Puede —admitió McKenna. Añadiendo—: Pero he visto personas mucho más pusilánimes que ella que han acabado, por

muchas y variadas razones, cometiendo uno o más crímenes. Maggie es una mujer totalmente frustrada, ¿no? Tú misma me dijiste que siempre ha vivido a remolque de Eva. Carece de belleza física, de personalidad, está condenada a la soltería y ha tenido que aceptar todo eso contemplando día tras día cómo su hermana lo tenía todo. Maggie ha acompañado siempre a Eva a las sesiones de espiritismo, Maggie sabía lo de vuestra hermana y el cantante...

—¡Graham! —siguió asombrándose Noemí—. ¿Adónde quieres llegar con esa absurda teoría?

—Aguarda, hay más. Si Avala no quiso escribir una «M» para no confundirnos indicando con ella a tres sospechosos y fue otra letra la que intentó trazar, pero le fallaron las fuerzas para completarla, alza unos milímetros el palito transversal, ciérralo con otro de vertical y tendrás... —Dibujó, en el papel que Dustin tenía sobre la mesa, esta letra:

—... Una «H». ¿Con qué letra empieza la palabra hermana, Noemí?

—¡Demonios! —exclamó ahora el moreno Howard, restregándose sus enmarañados cabellos—. ¿Cómo no se me había ocurrido? ¡«H» de hermana, claro!

—Sólo es una posibilidad, Dustin... Sólo eso.

—Pero tenemos dos «fiambres», ¿no?

—Y tengo un laborioso trabajito para ti. Coge los hombres que necesites, pídeselos al capitán si es preciso con responsabilidades a mi cargo y pon tres al teléfono y otros tres a patear las calles.

—¿Para...?

—Recorrer unos y telefonar otros a las casas importantes primero y las menos importantes después, de discos, interesándose por alguna persona que haya comprado en los últimos días dos o más discos de Carlos Héctor Ayala en los que figure Aquel tapado de armiño. ¿Hombre, mujer, si es cliente habitual...?

—¡Eso es trabajo de chinos!

—Lo sé.

—¿Y de qué va a servir?

—De nada. O de mucho. Podemos descubrir al asesino por esa pista tan trivial... O si no le conocen, según los discos que haya comprado, saber si piensa «liquidar» a alguien más y dejar el disco rayado de marras.

—¡Qué optimista! ¿Y cuántos años tardaremos...?

—Depende de la prisa que te des en menear el trasero del asiento, «Starsky».

—¡Ah, se me olvidaba! El informe forense ya ha llegado. Dice que Ayala tardó, aproximadamente, unos diez minutos en morir después de que recibiera los tres impactos.

—Lo suponía. Suficientes para ver cómo el asesino se despojaba de la mascarilla, debe ser muy fastidioso llevar esa segunda piel pegada al rostro, e intentar escribir una letra con que dejamos esa pista que no acabamos de entender. ¡Eh, Noemí! ¿Estás muy callada? ¿Ocurre algo?

—Me has dejado muy confundida con lo de Maggie, Graham. No acabo de hacerme a la idea...

—Olvídalo.

—Oye, McKenna —apuntó Dustin—, ¿y si en el fondo a Eva Locke le importase un pimiento el escándalo?

—¿Qué quieres decir, Howard?

—Que podemos estar divagando, alejándonos de una realidad que puede estar frente a nuestras narices. ¿Y si ese gigolo tenía otra amante...?

—No. Discutí esa posibilidad con Noemí y no encaja. Eva se lo hubiese tolerado.

—¿Una mujer transige en eso... estás seguro? —siguió preguntando Dustin. Y aportó una razón que por un momento hizo tambalear los seguros criterios de McKenna. Fue ésta—: Cualquier mujer transigirá ante el hecho de que su marido tenga un amante por aquello de que el tiempo las dejará a cada una en su sitio: esposa y querida. Incluso la gente acabará alabando su dignidad y la elegancia con que ha sabido capear el temporal. Pero ¿tolerar que el amante le juegue la misma pasada que ella le está jugando al marido? No, no lo veo tan razonable. Al amante se le quiere con una pasión muy superior que al marido...

—Toda esa demagogia quiere llevarte a justificar la posibilidad de que Eva Locke sea el asesino que estamos buscando, ¿no?

—Exacto, Graham. Porque esa historia de la madre asesinando a Carlos Héctor en sus narices y echándola luego del apartamento para salvaguardar su buen nombre, es lo más absurdo que he oído en mi vida.

—Precisamente por eso, por absurdo, hay que darle crédito. De ser Eva nuestro criminal, hubiese estructurado los hechos en base a razonamientos más lógicos que, al menos en principio, la dejaran fuera de toda sospecha. Y lo que pretende el asesino es todo lo contrario: que los hechos y las pruebas se vuelvan contra Eva Locke, No, Dustin, sería demasiado sencillo. ¿Por qué no empiezas ya con lo de los discos?

Se encogió de hombros.

—Donde hay patrón...

Salió de la oficina.

—¿En serio has pensado en la posibilidad de que Maggie...? —Noemí seguía obsesionada y desconcertada ante la hipótesis apuntada por Graham, a base de convertir el ambiguo trazo que hiciera Ayala con su sangre en una «M» o una «H», convirtiendo a Maggie Locke en la supuesta asesina.

—Ya no sé cómo pienso, pequeña. Ni en lo que pienso. Ni si lo hago en serio o en broma. En este galimatías todas las posibilidades cabe aceptarlas como buenas o como malas. Te lo confieso, Noemí, estoy desconcertado. Veo que el asunto se me escapa de entre los dedos y veo que voy a ser impotente para evitar que los propósitos del asesino se consumen.

—¿Lo de que Eva sea al fin involucrada y se airee el asunto?

—Sí. Y no se me ocurre ninguna genialidad para impedirlo. ¿Me acompañas al Blue Jeans?

—Sí. ¿Qué vamos a hacer allí?

—Quiero charlar con Stacy Morrison... Aunque creo que voy a perder el tiempo como con los anteriores. Conversaciones vanas que a nada conducen. ¡Y ese o esa canalla vagando por ahí, suelto, riéndose de todos a mandíbula batiente! Vamos, muñeca. Voy a acabar por volverme loco.

—No me has contado con exactitud lo sucedido en el apartamento de Adjani —anunció la muchacha cuando entraban en el auto del rubio policía.

Antes y una vez más la besó en los labios.

—Tu boquita me reconforta de todos los sinsabores que estoy viviendo en las últimas horas... —La miró a los ojos y tras acariciar dulcemente sus tersas y sonrosadas mejillas, dijo—: Sandra Field me explicó...

Le hizo un relato preciso y detallado. Al fin apuntó:

—Dejando a un lado mi torpeza al permitir que el asesino se me escapase de las manos hay dos detalles que me han llamado poderosamente la atención. Ni a Dustin, como has visto, se los he comentado.

—Si no me los dices, estoy a ciegas. Habéis hablado tanto en pocos minutos que no sé...

—Eso me lo he callado. Esa persona que luce una mascarilla imitando las facciones de tu madre se ha presentado ante Charles a cara descubierta. Y él la conocía perfectamente porque le ha dado opción a dispararle a bocajarro. Después, a mí, ha podido balearme por la espalda con la mayor de las tranquilidades... Y no entiendo por qué no lo ha hecho. Cuando he intuido su presencia, llevaba ya algunos segundos tras de mí. Los suficientes para oprimir el gatillo con toda limpieza. Ambos detalles, en lugar de ayudarme, aumentan mi desconcierto y confusión.

—¿Me equivoco si digo que estás pensando en que Maggie conocía a Charles Adjani y en que no ha tenido valor de asesinarte a ti, quizá por no considerarte uno de los objetivos de su venganza, o por ese miedo que a toda persona le inspira el matar a un policía?

—Tú lo dices todo, muñeca.

—Pero lo has pensado, ¿no?

—En principio. Pero la hipótesis de Maggie no casa ahí. Cuando un criminal empieza su carrera de asesinatos, motivados por la razón que sea, no se detiene ni ante un policía ni ante nadie. Cuesta derramar sangre, pero cuando se ha vencido esa repulsión inicial, ningún asesino tiene freno. Máxime en una cuestión como ésta en que los razonamientos que se hace a sí mismo justifican sus acciones. No, la razón de no haberse cobrado mi vida hay que buscarla en otro sitio. Pero no acierto a intuir dónde, no... Es inútil. Y si mañana no doy con la solución, los chicos de la prensa lanzarán las campanas al vuelo. Son muy impacientes y de otra parte, no puedo ocultar que siguiendo la pista de las investigaciones concernientes al asesinato de Carlos Héctor Ayala me he tropezado con otro «fiambre». ¿Cómo justificar mi presencia en el apartamento de Charles Adjani? Ellos no son tontos y empezarán a atar cabos. Hay periodistas que tienen mejor intuición que un policía o un detective privado, ¿sabes?

—No te obsesiones con eso, Graham. Haz lo que te dice tu conciencia y piensa que por encima de todo eres policía y tienes que actuar como tal. Déjame a un lado, olvídate de que mi hermana anda en medio de ese lío... ¡Ella se lo ha buscado al fin y al cabo! Piensa en tu reputación antes que nada. Yo también te quiero. Y no está en mi ánimo que por culpa de salvaguardar la dignidad de quien en el fondo no lo merece, sea o no mi hermana, puedas verte en problemas. Te estoy hablando con el corazón, Graham. ¡Actúa como el policía que eres!

De nuevo buscó la boca fresca y jugosa de Noemí. En la intimidad que les proporcionaba el coche, usaron y abusaron de sus labios, extrayendo del prolongado y pasional beso hasta la última gota del zumo meloso que destilaban los de cada uno. Terminaron sorbiendo sus alientos con delirio.

Graham tenía razón. En medio de aquel rompecabezas siniestro y complicado, la boquita dulce y sabrosa de ella le compensaba más que nunca de los reveses y sinsabores.

Minutos después puso proa al Blue Jeans.

CAPÍTULO VI

La zona de *parking* reservada en exclusiva a los clientes del Blue Jeans, delimitada por una sucesión alterna de luces piloto, tamizadas, rojas y azules, ofrecía una perfecta complicidad a las parejas de enamorados y también a los amigos de lo ajeno.

Había un par de guardias de seguridad para abortar las aficiones de aquellos últimos y hacerse el «loco» ante las aficiones románticas o más de los primeros. El cliente, como mandaban los cánones, era el cliente. Y la novia o amiga del cliente era para el uso particular del cliente.

O sea que Noemí...

Graham McKenna, quizá tratando de escapar en volandas del amor y la pasión a los graves conflictos en que se veía inmerso como consecuencia del caso que se le había asignado y que estaba obligado a solucionar prácticamente contra reloj, se estaba mostrando más cariñoso que de costumbre. O era quizá que las circunstancias le estaban brindando la oportunidad de materializar con toda su plenitud los sentimientos que Noemí despertaba en él.

A un beso largo y apasionado, seguía otro, y otro...

La muchacha estaba por completo desarbolada y víctima de su propia voluptuosidad sentíase incapaz, sin fuerzas, o no quería tenerlas, para contener el vendaval de caricias que Graham estaba derramando ardientemente alrededor de su abrupta y bien formada orografía.

Fue ella quien dio toda clase de facilidades para que los dedos del hombre se introdujesen bajo el jersey buscando con afán el roce de aquellos pétalos, cálidos y trémulos, que palpitaban ardientemente bajo la tersa garganta de la hembra.

—Graham... —suspiró complacida con apenas un débil hilo de voz—, pueden vernos.

Pero para ellos, y al compás de las tibias fricciones, selló de

nuevo los labios femeninos.

La linterna de uno de los guardias de seguridad de la zona de aparcamiento reflejó sus esquirlas, sesgadamente, contra el cristal del parabris.

Ello hizo que Noemí, precipitadamente, recobrase... digamos la compostura.

—¡Maldito estúpido! —masculló el policía al sentirse sorprendido en su dulce y grata y tarea.

—Tenemos toda la noche, mi amor —le alentó ella, como queriendo compensarle de aquella brusca e inoportuna interrupción.

—Sí... ¿Bajamos?

Lo hicieron.

E instantes después asomaban a la sala central de club nocturno. Graham acompañó a la muchacha al velador que solían ocupar cuando allí acudían y le dijo:

—Pide lo de siempre para mí, preciosa. Y si tardo, no te impacientes. No confío demasiado en sacar algo provechoso de mi conversación con Morrison, pero nunca se sabe.

—No me tengas mucho tiempo esperando, amor —le suplicó ella.

—Lo procuraré.

Y puso rumbo al pasillo situado a la izquierda de la barra que daba acceso a las dependencias privadas del local.

Sobre la marcha pudo comprobar que, si bien la muerte del intérprete de la música representativa argentina se había anunciado con tacto y delicadeza, desde el guardarropía a los veladores, pasando por el mostrador y los camareros que servían las mesas, no existía otro tema de conversación que el del asesinato de Carlos Héctor Ayala, hombre que desde que llegase a la ciudad de los rascacielos había alcanzado cotas elevadas de popularidad siendo muy estimado por el público que noche tras noche acudía a aplaudirle. *Sotto voce*, especialmente las damas —ellas tienen un sexto sentido para esta clase de asuntos, murmuraciones, cuchicheos y crítica incluida—, se comentaba también el más que posible idilio existente entre el cantante criollo y la esposa de uno de los dueños del local.

Era evidente que el rumor estaba en la calle, latente, y muy

pronto sería del dominio popular y la prensa se haría eco de ello.

Las posibilidades de evitar la publicidad sobre el asunto eran cada vez más escasas, sí.

—¿Adónde va, caballero?

El inevitable guardia de corps. Grande, enorme y con trazas de matón que ni el flamante *smoking* era suficiente para disimular.

—Al despacho de Stacy Morrison.

—¿Le espera él?

—Si es adivino, sí.

—Si trata de hacerse el gracioso se ha equivocado conmigo, señor. Las visitas tienen que anunciarse. Y a esta hora, el señor Morrison no suele recibir a nadie.

Le metió la credencial bajo sus narices de gorila.

—A mí sí. Y hágase a un lado antes de que pierda la paciencia.

Quiérase o no, una placa de policía siempre impresiona.

—Si... sí, señor. Perdona. Yo... yo no sabía.

—Pues ya sabe.

Echó pasillo adelante.

Lo decía el letrado: DIRECCIÓN.

Entró sin llamar.

El individuo que estaba sentado tras la mesa al sentirse sorprendido en su privada tarea —parecía estar repasando unos libros de contabilidad—, inesperadamente y sin previo aviso, alzó la cabeza expresando en sus correctas facciones la contrariedad que le producía aquella subrepticia invasión de sus dominios.

—¡Oiga! ¿No le han enseñado a anunciarse ni a llamar a las puertas? ¿Quién es usted y qué demonios quiere?

—¿Ya ha dicho todo lo que tenía que decir? —preguntó con su habitual desenfado, en lugar de responder, el rubio sargento de la Brigada de Homicidios.

—¡Ah...! Encima con guasa, ¿eh? Voy a llamar inmediatamente a la policía.

—No se moleste —y exhibió de nuevo la credencial acreditativa. Burlándose—: Más rápido, imposible.

Estupefacción en el rostro de Stacy Morrison.

—¡Caramba! —exclamó—. Me deja usted de piedra. ¿Quiere sentarse, por favor?

Lo hizo, al otro lado de la mesa, frente al copropietario y

administrador del local.

Fue de nuevo aquél quien preguntó:

—¿En qué puedo servirle, señor...?

—Sargento Graham McKenna de la Brigada de Homicidios.

—¡Ah! Debe tratarse del asunto Ayala, ¿no?

—Muy intuitivo, amigo Morrison. Algo hay de eso. Pero mi interés se centra en la última conversación que usted mantuvo en este despacho con la esposa de su socio, con Eva Locke.

La compostura y buenas maneras del anfitrión se alteraron visiblemente. Con voz levemente trémula y evidente indignación en su rostro, anunció:

—No creo que eso tenga nada que ver...

—Yo soy quien decide lo que tiene o no tiene que ver, señor Morrison —le cortó el policía secamente—. Y de momento que se lo pregunto es porque considero que tiene que ver. ¡Ah!, para evitarle el hecho innecesario de mentir o tergiversar lo sucedido debo advertirle que he hablado previamente con la señora Stewart, ¿comprende?

Hizo un gesto de asentimiento al tiempo que mostraba una expresión de abatimiento y contrariedad.

—Comprendo —musitó. Añadiendo tras un prolongado y sonoro suspiro—: Si lo sabe todo, entiendo también que debo figurar entre la lista de sospechosos con relación al asesinato de Ayala.

—Entiende bien, Morrison. No me negará que tenía sus motivos pasionales para cometer el crimen. Al menos, se lo dijo bien claro a la esposa de su socio.

—No voy a negarlo —admitió, mordiéndose el labio inferior. Agregando—: ¿Está usted enamorado, sargento?

La inesperada y sorprendente pregunta le pilló en frío. Y puede que por eso precisamente, respondió sin pensarlo:

—Sí... Pero la mujer de quien estoy enamorado es soltera. Eso no me crea el problema de tener que matar a nadie.

—No era ésa la conclusión que yo quería establecer, señor McKenna —razonó el otro—. He querido decir que cuando se está enamorado, prescindamos por un momento de si el objeto de nuestra pasión es más o menos lícito, de si la mujer está o no comprometida, porque ese factor no altera los sentimientos de uno hacia ella... se dicen muchas tonterías: cosas de las que luego, en

parte, uno se arrepiente. La amenacé con hundir a Carlos Héctor Ayala, si, pero la quiero demasiado como para ser capaz de causarle el menor daño directa o indirectamente, ¡se lo juro! Llevo mucho tiempo soñando con la posibilidad de... Yo sabía y sé que no quiere a su marido y sería capaz de esperar por los caminos legales, me refiero al divorcio, que Eva fuese una mujer libre para...

—Pero Ayala vino a complicarlo todo.

—Sí, en efecto. Y eso me dolía mucho. Porque ella me hacía víctima de su desprecio para regalar sus favores a ese... bueno, no me gusta hablar mal de los muertos —se interrumpió, para agregar con decisión—: Considero que la muerte no hace mejor ni peor a nadie, y ese cantante, vivo o muerto, era un sinvergüenza. Un gigolo de pocos escrúpulos que vivía a costa de las mujeres. En los últimos tiempos, concretamente de Eva. Mire, sargento, yo llegué al extremo de hacerla vigilar por una compañía de detectives privados... la

BORROUGH'S

PRIVATE EYES, debe de conocerla, ¿no?

—Obvio. Es una de las más importantes de Nueva York. Le habrá costado mucho dinero todo eso, digo yo.

—Es lo que menos me preocupaba. Habría hecho cualquier cosa...

—¿Matar también?

—Se empeña usted en coger las palabras por su estricta etimología, sargento.

—Soy policía, ¿lo olvida?

—No, claro. Pero quiero dejar bien sentado que soy incapaz de matar. ¿Cree que me hubiese tomado toda esa molestia y el consiguiente dispendio económico si hubiera querido matar a Ayala? Empezando por ahí habría terminado antes, ¿no cree?

—Posible. Pero no del todo convincente. Estábamos en los detectives.

—Sí. Tengo un amplio *dossier* en el que a través de varios informes se reflejan los movimientos de Eva y de cuantas personas están vinculadas a ella. Sé muchas cosas que es posible que ahora, para usted, cobren su valor.

—¿Por qué no ha ofrecido esas pruebas, espontáneamente, tras el asesinato de Ayala?

—Amo a Eva, se lo he dicho, y no quería perjudicarla en lo más mínimo. Pero ahora, y en vista de que usted está al corriente de casi todo, no tengo por qué ocultarlo. Ella era y creo que lo sigue siendo, a causa de su pasión por ese cantante, víctima propiciatoria de varias personas. ¿Sabe usted que Ayala estaba relacionado con un tal Charles Adjani?

—Lo suponía. ¿Y...?

—Ese tipo, me refiero a Adjani, es colaborador de una mujer llamada Sandra Field que se las da de médium espiritista. Anteriormente había estado al cargo de una casa... ¿me entiende, no? —Visto el cabezazo de aquiescencia del policía y su silencio invitándole a seguir, continuó—: Por lo que se desprende de los informes es fácil deducir que Ayala, amén del dinero que le sacaba a Eva como amante, estaba en connivencia con el tal Adjani para hacerla víctima de un chantaje. También se entrevistó en una ocasión con mi socio, Malcolm Stewart, y supongo que con la pretensión de sacarle dinero a cambio de guardar silencio. ¿Cómo sabía él si no era a través del propio Ayala las relaciones de éste con Eva?

—Me deja usted boquiabierto, Morrison. O lo tenía todo muy bien calculado para eludir su posible participación en un hecho delictivo, quedando por completo al margen de toda sospecha con ese juego de los detectives, o de veras que está loco perdido por esa mujer.

—Le estoy explicando la verdad, sargento. Es libre de creerme o no. Pero todavía hay algo más. Hace pocas fechas, Maggie, la hermana de Eva, también mantuvo una entrevista con Charles Adjani.

Graham estuvo en un tris de brincar de su asiento.

—¡Qué...! ¿Está seguro de lo que dice?

—Consta en el penúltimo informe de la

BORROUGH'S

PRIVATE EYES.

—Ya sé que para eso necesito una orden judicial porque los informes de cualquier agencia de detectives tienen carácter secreto, pero si usted está obrando auténticamente de buena fe, no tendrá inconveniente en prestarme ese informe, ¿verdad?

—Ninguno, sargento.

Y buscó en uno de los cajones del escritorio hasta encontrar una carpeta de la que extrajo el informe en cuestión y lo tendió a Graham McKenna. Dijo éste:

—Mañana se lo devolveré, señor Morrison —se puso en pie, agregando a guisa de inesperada despedida—: Le ruego que guarde absoluto y riguroso silencio respecto a la conversación que acabamos de mantener, ¿de acuerdo?

—Como usted diga, sargento.

Se volvió desde la puerta, entreabierta ya, agitando la diestra en el aire al tiempo que exclamaba:

—¡Ah...! Gracias por todo, señor Morrison. Creo que me ha sido usted muy útil. Y créame que confiaba muy poco en sacar nada positivo de nuestra entrevista.

Stacy ofreció en su rostro la misma expresión de sorpresa que cuando lo viera entrar.

Ya junto a Noemí, anunció autoritariamente:

—Nos vamos, pequeña.

Le conocía demasiado como para que le pasase por alto el cambio de actitud que en él se había obrado.

—¿Qué sucede, Graham?

—No lo sé con exactitud. Pero creo que se ha enderezado el rumbo de la nave. ¿No habíamos quedado que esta noche sería en tu apartamento?

—Para hacer el amor o para jugar a detectives.

—Al cincuenta por ciento, ¿vale?

—Eres incorregible. Pero te adoro.

CAPÍTULO VII

Había llegado la hora de jugar al otro cincuenta por ciento.

Noemí, sobre su desnuda y exhaustiva anatomía, encima de sus pródigos y ardientes encantos, que se ofrecían ahora con toda la vitalidad juvenil de la pasión, colocó una sugestiva bata larga ciñéndola a sus perfiles tentadores con exquisita feminidad.

Graham, con un pijama *beige*, se encontraba sentado al estilo indio encima de la alfombra del *living*.

—¿Te apetece un *whisky*, amor?

—Hace. Muy frío, tengo la garganta seca.

Vino con los dos vasos medio llenos, en los que tintineaban los cubitos de hielo. Le ofreció uno al muchacho. Después quiso saber:

—¿Qué ocurre con exactitud, Graham?

Le tendió el informe que obtuviese de Morrison sin hacer el menor comentario.

Noemí tras ingerir un sorbo de licor leyó el informe. Al terminar, su rostro hasta entonces rojizo, con dos enormes y apasionados rosetones sobre los pómulos, había dejado paso a una tonalidad pálida, lívida.

—¿Maggie...? —articuló sin apenas fuerzas.

—¿Tú qué opinas?

Alborotó sus negros y sedosos cabellos con los dedos de la diestra.

—No sé, estoy muy confundida.

—Y hasta yo. Pero ahora, muchas cosas están claras. Maggie sabía el interés de Eva por evocar el espíritu de vuestra madre y consultarle con respecto a su amor por Ayala, valiéndose del que ella alimentaba hacia Gardel. ¿Quién si no informó a Charles Adjani? Y éste preparó el trucaje de la sesión en la que el supuesto espíritu de Alicia Duarte amenazó a Eva, por boca de Sandra que lógicamente había sido impuesta por Charles y así me lo ha dicho

en nuestra conversación, con matar a Carlos Héctor si no se apartaba de él. Luego Maggie...

—¡No, no...! —Se llevó ambas manos al rostro—. ¿Por qué?

—Por celos y envidia. Eva tenía todo lo que ella había deseado tener. Eran muchos años de callado sufrimiento, de resignación, viendo cómo su hermana conseguía cuanto deseaba y ella... Comprendo que es duro para ti, pequeña. Pero las piezas encajan.

—¿Te olvidas de la muerte de Adjani? ¿Cómo pudo llegar tan oportunamente para impedir que hablase contigo?

—Una más de las muchas casualidades que a diario nos ofrece la vida. Si yo no hubiese pasado por comisaria antes...

—Pero pudo matarte a ti y no lo hizo. Tú mismo has dicho antes que cuando se vence la inicial repulsión de derramar sangre, un asesino no se detiene ante un policía ni ante nadie.

—Y tú misma has apuntado que quizá el criminal no me consideraba uno de los objetivos de su venganza. Ella quería vengarse de Eva...

—Al hablar de eso, recuerda que me he limitado a expresar en voz alta lo que suponía un pensamiento tuyo, Graham.

—Son demasiadas pruebas...

—Pero empleando lenguaje policial me atrevería a decir que circunstanciales, ¿no?

—Puede que tengas razón. Por eso necesitaré de alguien que me ayude a obtener la confesión implícita de Maggie. Quizá Sandra quiera ayudarme...

—¿Precisamente esa ramera?

—Muerto Adjani es la única que puede hacerlo.

—¡Voy a volverme loca! Estás hablando de detener a mi hermana y acusarla formalmente de asesinato y yo me lo tomo con la misma frialdad... —Su tono de voz había ido aumentando mientras una visible excitación asomaba a sus hermosas facciones. Se detuvo, de súbito, exclamando—: ¡Oh, Graham, perdona! Yo misma te he dicho hace pocas horas que procedieses como un policía, que cumplieras con tu obligación... ¡Y ahora, ahora...! Discúlpame, te lo ruego.

—Comprendo lo que sientes, Noemí.

En aquel preciso instante, con sorpresa para ambos que se miraron con expresión desconcertada, sonó el zumbador de la

puerta.

—¿Quién puede ser a estas horas, Graham?,

—Lo ignoro, pequeña. Alcánzame el revólver. Yo abriré.

Y eso hizo, distanciando la madera sólo un palmo de la jamba, cañón del «38» por delante.

—¿Quién es...?

—Yo, Dustin...

Acabó de abrir la puerta.

—¡Vaya! La oportunidad personificada. No hace falta que te expliques, «Starsky». Pasabas por aquí, has visto luz y has decidido subir a saludarnos. Lógico. Es una hora muy apropiada.

—Déjate de cofias, sargento. Se han producido novedades importantes. Soy estúpido, pero no tanto. ¿Crees que hubiese venido de no ser por algo trascendental?

—No esperaba menos de tu buen criterio. Pasa.

Ya en el salón se disculpó:

—Te ruego que me excuses, Noemí, pero me urgía hablar con Graham.

—No te preocupes, Dustin. Estábamos dándole vueltas al asunto. El mismo te lo contará...

—Empieza tú, interrumpidor oficial del reino.

—Ha habido suerte con lo de los discos. De buenas a primera prácticamente. Fueron comprados en *MANHATTAN LONG PLAY* por Charles Adjani. Al menos la descripción que nos ha dado la dependienta que lo atendió encaja perfectamente. Compró tres...

—¿Y has venido para decirme eso a las tres de la madrugada?

—No. Era un detalle que podía esperar a mañana. Al contrario del informe que he recibido hace media hora de Washington. Aunque tú me has dicho esta mañana que no me molestase, que no era necesario, he remitido los negativos de las huellas encontradas en el apartamento de Carlos Héctor Ayala a los ficheros centrales. Efectivamente, un juego pertenece a Eva Locke; las de la mujer de la limpieza no aparecen porque, y me lo ha explicado ella al interrogarla, por una alergia que padece a los detergentes trabaja siempre con guantes de goma... ¿Adivinas a quién pertenece el otro juego de impresiones dactilares?

—Creo que sí —y pronunció un nombre.

Dustin Howaed se quedó perplejo y Noemí Locke con la boca

abierta.

—¡Demonios! ¿Cómo lo sabías?

—Hace unas horas que esta idea venía bailándome por la cabeza. Ya le he dicho a Noemí que Sandra me ayudaría a obtener la confesión de la asesina. Ahora mismo me pasaré por su casa.

—¡Pero...! —estalló la preciosa joven—. ¿Vas a visitar a esa zorra...?

—Tranquila. No me meteré en la cama con ella, ¡palabra!

—¡Sabes que esas bromas no me hacen gracia, Graham!

—Si molesto me marchó, ¿eh? —intervino Dustin.

—Hazlo, sí —repuso McKenna—. Pero mañana a las nueve tienes a Maggie Locke en comisaría, ¿entendido?

—O. K.

CAPÍTULO VIII

Llevaba puesto algo así como un camisón muy cortito, un picardías creo que se llama, un tapa-muy-poco más bien diría yo.

Entreabierto además.

Claro que, antes de abrir, ya se había asegurado de quién estaba al otro lado de la puerta. Y Graham McKenna tenía licencia para verlo todo.

Los hay con suerte, digo.

—¡Graham! ¿Sabes qué hora es?

—Las cuatro de la mañana. En uno de esos cronos suizos que anuncian por la tele. ¿Sabes que estás preciosa?

—¿Has venido a decirme eso?

—Y a pedir tu colaboración.

—Es otra cosa, rubito. Siempre estoy dispuesta a colaborar contigo. La cama está calentita como un turrón...

—Sugestivo, muñeca. ¿Me dejas pasar?

—¡Oh, claro...! Es que estoy medio dormida. ¡Y quién iba a esperarte a ti a estas horas! Te has tirado meses sin venir y de golpe y porrazo...

Llegaron a la amplísima sala de estar. Sandra no hacía lo más mínimo por taparse.

Se dejó caer en una de las butacas soltando de improviso:

—Tengo al asesino de Carlos Héctor y Charles Adjani. Pero sólo dispongo de pruebas circunstanciales y necesito tu ayuda para obtener su confesión.

Sandra Field estaba boquiabierta.

—¡Pero...! ¿Cómo lo has conseguido? Es... es todo un récord.

—La suerte se ha aliado conmigo. De no haberlo conseguido, y sin tu ayuda aún no he metido el gato en el saco, sus propósitos, crímenes a un lado, se habrían consumado mañana. Tengo a la prensa encima...

—¿Quién es?

—Maggie Locke.

Se llevó las manos a la cabeza.

—¡Maggie...! ¿Estás seguro?

—Completamente.

—¡Menudo escándalo se les viene encima a los Locke!

—Espero, pese a todo, poder impedirlo.

—¿Y qué he de hacer yo?

—Mentir un poquito. Maggie estuvo en contacto con Adjani como demuestra un informe firmado por la agencia

BORROUGH'S

PRIVATE EYES. Pero eso, como prueba, es muy discutible. Sin embargo, si tú sostienes que Maggie le dio a Adjani y a ti el guion del supuesto diálogo que Eva había de sostener con el espíritu de su madre, quedará atrapada. ¿Aceptas?

Se mordió el labio inferior.

—Aunque sea una asesina, por ética, no me gustan esos juegos.

—¿Ni por hacerme un favor a mí? Recuerda que siempre me he portado bien contigo ignorando los chanchullos del espiritismo...

—¿Tratas de coaccionarme, Graham?

Negó él con la cabeza.

—Sólo te estoy pidiendo ayuda, Sandra. ¿Lo harás o no?

No parecía muy convencida. Aun así, exclamó:

—¡Está bien, está bien...! Pero ¿por qué había de ser precisamente Maggie Locke?

—¿Y tú eres mujer? ¿Dónde están tus dotes de fémina deductiva?

Seguía, evidentemente, sorprendida.

—¿Qué tiene que ver eso, Graham?

—Celos, odio, venganza. Una, Eva, lo tenía todo... hasta un guapo amante que la embobaba con sus tangos, que deleitaba su oído con las estrofas románticas y sensibleras de Aquel tapado de armiño. Otra, Maggie, no tiene absolutamente nada. Es poco agraciada, carente de personalidad, frustrada, y hasta hoy no ha tenido más espejo en que mirarse que el de la hermosura y los éxitos de su hermana. De ese complejo de inferioridad alimentado día a día ha terminado por surgir un odio ancestral, una rabia sorda que clamaba venganza...

—Visto así...

—No hay otra manera de mirarlo. Mañana a las nueve en mi despachó. Estarás oyendo la conversación que mantenga con Maggie hasta que el agente te haga pasar. Eso la destruirá.

Graham McKenna se puso en pie.

—¿Te vas, ya?

—Dispongo de pocas horas para descansar y prepararlo todo.

—Puedes descansar aquí.

—¿Estás segura de que me dejarías?

Fue sincera.

—No. Creo que no.

—¿Mañana a las nueve?

—De acuerdo, truhan. Pero me debes una...

—Te debo. ¡Hasta luego!

CAPÍTULO IX

—No voy a cometer la estupidez de preguntarle si me ha hecho venir a su despacho para pedirme la mano de Noemí —anunció la mujer, con una entereza que nadie hubiera adivinado en ella y que se antojaba contrapuesta a su aparente falta de personalidad. Añadiendo—: Ya sé que con frecuencia ofrezco la imagen de una mujer simple y vacía y lamento que así sea, pero tampoco soy tonta y tengo la certeza de que usted me ha hecho venir por un asunto de gravedad, ¿no es cierto, sargento McKenna?

—Muy cierto, señora Locke —afirmó el policía. Y agregó—: No me parece necesario andarme con rodeos y le diré llana y sencillamente que pesa sobre usted una doble acusación de asesinato. De su comportamiento depende que hagamos testa difícil situación más llevadera para ambos. Usted mató a Carlos Héctor Ayala y a Charles Adjani. Las razones son obvias, las sabemos amitos, pero si lo desea entraré en detalles.

Maggie Locke desorbitó sus pupilas.

—¡Eso es falso! ¡Totalmente absurdo!

—¿También es falso que hace pocos días se entrevistó usted con Charles Adjani?

—Eso... eso es cierto. ¿Y en ello se basa para acusarme de doble asesinato?

—Hay otras razones, luego hablaremos de ello. Pero ¿por qué no me explica lo que trataron usted y Adjani?

Se mordió el labio inferior.

—Bueno, yo sabía que muchas de las sesiones de espiritismo estaban amañadas. Que la médium fingía pronunciar las palabras de un espíritu cuando en realidad obedecía a una especie de guion preparado de antemano. Yo quería hacer algo parecido con mi hermana Eva con el propósito de asustarla y conseguir que dejara sus relaciones con Carlos Héctor Ayala. Se estaba destruyendo y ella

no se daba cuenta. Mi intención sólo era la de protegerla haciéndola reaccionar a través de una supuesta conversación con el espíritu de mamá.

—Pero Eva no reaccionó.

—No.

—Y entonces usted decidió ponerse una mascarilla que representaba las facciones de su difunta madre, porque ya lo tenía previsto, y asesinar a Carlos Héctor. Porque usted odia a su hermana...

—¡No, eso no es cierto! ¡Soy incapaz de matar a nadie! ¡Sólo pretendía ayudar a mi hermana!

—¿De veras? ¿Y para qué compró usted tres discos en los que figuraba Aquel tapado de armiño?

—¡Jamás he comprado esas discos! ¡Lo juro! —se desesperó.

Graham le hizo una seña al agente uniformado que estaba en la puerta y éste permitió el acceso al despacho de Sandra Field.

Maggie Locke se quedó muy confundida al verla.

—¿Qué hace usted aquí, *madame* Sandra?

—Yo la he invitado —respondió Graham. Y dirigiéndose a la recién llegada, dijo—: Siéntate. ¿Decía usted —miraba a Maggie— que nunca compró esos discos, cierto?

—Eso he dicho. ¡Y lo mantengo!

—Sin embargo Charles Adjani le dijo a *madame* Sandra que usted los había adquirido porque uno se lo entregó a él para que lo pusieran en la sesión. ¿No es así, Sandra?

—Desde luego.

—¡Mentira! ¡Yo no compré esos discos! —insistió Maggie con patente desesperación.

—¿En qué tienda te dijo Adjani que la señora Locke había adquirido los discos, Sandra?

—En MANHATTAN LONG *PLAY* —respondió la médium.

Graham McKenna pulsó una de las teclas del interfono que tenía sobre la mesa, anunciando:

—Puedes pasar, Dustin.

Entró el sargento Howard, diciendo de buenas a primeras:

—Te creía una mujer mucho más inteligente... Sandra Field.

—Y yo también —corroboró McKenna. Ampliando—: Eres capaz de preparar un plan casi perfecto y te vienes abajo por un detalle

insignificante, por un ardid en el que ni un niño hubiera caído... ¿Quién te ha hablado a ti de MANHATTAN LONG *PLAY*? Adjani, ¿verdad? Porque él fue quien compró los discos por orden tuya. Como solo tú sabías que yo iba a interrogarle y pudiste anticiparte, no tenías más remedio que remitirme a él y poder llegar antes que yo, ¿cierto? ¿Quién se iba a creer que sólo Adjani estaba al corriente de la parte... digamos sucia, son tus propias palabras, del negocio? ¿Por qué aparecen tus huellas en el apartamento de Carlos Héctor Ayala? ¿Quién si no tú podía sentir cierto remordimiento a asesinarme por la espalda, cuando estuve a merced tuya en casa de Charles? ¿Te acordaste de que poco antes habíamos disfrutado de un rato de intimidad? ¿Fue eso?

Sandra Field estaba descompuesta. Pálida como un cadáver. Y de la palidez pasó súbitamente a la indignación, exclamando:

—¡Te has vuelto loco, Graham, loco!

—Es posible, Sandra, es posible —sonrió el policía. Agregando —: Esta madrugada no te has inmutado tan siquiera cuando te he dicho que Charles Adjani había sido asesinado por Maggie... y yo mismo me he encargado de que la prensa silenciara ese crimen por el momento —alzó la cabeza ladeándola hacia su colega y anunció —: La letra que Ayala quiso dibujar con sangre, ¿sabes realmente cuál era, Dustin?

—No... ¿Cuál?

—Alza el trazo transversal que por falta de fuerza en el dedo de Ayala se vino hacia abajo, pon otros dos, uno en cada extremo del vertical y tendrás una «E»; «E» de espiritismo. Él quiso dirigir nuestra atención hacia Sandra, su asesina, pero hacer una «S» le resultaba más difícil y lo intentó con la «E», esperando que comprenderíamos.

—¡Todo eso no prueba nada!

—Desde luego, tienes razón. Pero existe un hecho irrefutable que sí te acusa... ¿Olvidas tus impresiones digitales? ¿Qué hacían en el apartamento de Carlos Héctor?

—Manteníamos relaciones...

—También aparecen en el piso de Adjani.

—¡Imposible! —estalló Sandra, brillándole los ojos como ascuas. Y disparándose, crispadas las facciones y apretadas las manos con rabia e impotencia, soltó—: ¡Sólo he estado una vez allí y...! —se

interrumpió, comprendiendo que ya era tarde.

Porque Graham McKenna ya añadía.

—... Llevabas guantes, ¿no? ¿Era eso lo que ibas a decir, Sandra Field? Cuando se está nervioso se cometen muchos errores. Y tú has venido muy excitada porque sabías que Maggie Locke era inocente. Toda la frialdad que has demostrado en la concepción del plan se ha venido abajo. Contaba con eso. ¿Vas a seguir negando o prefieres colaborar definitivamente? Aunque te empeñes en no admitirlos, los cargos y pruebas de que dispongo contra ti, son suficientes para pasar el asunto al fiscal. Estás perdida, Sandra. Una confesión a tiempo puede suponer algo de benevolencia en juez y jurado, una negativa obstinada va a empeorar tu situación. Piénsalo... —Hizo una pequeña pausa observando el derrumbamiento físico y moral de la médium. Prosiguió—: Has dicho que mantenías relaciones con Ayala...

—Sí —suspiró—. Fui su protectora desde que llegó a Nueva York, cuando no era nadie, cuando ni en los cafetuchos querían contratarle para cantar sus tangos. ¡Esa maldita Eva Locke!

—Acabó enamorándose de ella, ¿verdad? —agregó McKenna, al ver que la otra se interrumpía. Prosiguiendo—: Y no quiso secundar el plan que tú, él y Adjani, habíais convenido anteriormente: chantajear al matrimonio Stewart.

Tú, a través de las sesiones de espiritismo, estabas muy al corriente de la vida de Eva, el resto lo facilitaba Carlos Héctor añadiendo los detalles de su intimidad con la señora Stewart. A ellos no les convenía el escándalo y por esa razón podían convertirse en una auténtica mina para vosotros. Ayala le sacaba dinero por las buenas y vosotros lo habríais hecho por las malas. Adjani ya había empezado con Malcolm. A aquellos veinte mil debían seguir otros muchos más. Pero Ayala lo estropeó todo, ¿verdad? Tú estabas furiosa y me resisto a creer que la única causa fuera el dinero que con la obstinación de Carlos Héctor ibais a perder. Existía otra razón, ¿no es eso?

—Sí...

—¿Estabas enamorada del cantante?

—Sí... —sollozó, cubriéndose el rostro en baldío intento por impedir que los demás se percataran de las lágrimas que estaban rodando por sus mejillas—. Eso fue lo que me volvió loca, Me había

ido enamorando de ese... de él sin darme cuenta. Reaccioné cuando me dijo que quería de verdad a Eva Locke.

—Y la intervención de Maggie, que pretendía distanciarla de Ayala, te brindó en bandeja de plata el camino de tu venganza. El espíritu de Alicia Duarte... Tú misma les habías contado en alguna de las reuniones, ¡es inverosímil la de estupideces que son capaces de creerse la gente!, que ciertos espíritus, para impartir justicia, habían recobrado su forma terrena. Pensaste que la formula podía ser válida para tu proyecto. ¿Quién iba a dar crédito a lo que después contaría Eva? Por eso la dejaste salir tranquilamente del apartamento de Carlos Héctor. Pero lo que primero vino a alterar tus planes es que me asignaran precisamente a mí el caso. Yo estaba también, de algún modo, conectado con la familia Stewart-Locke y contigo. Mi súbita visita te obligó a improvisar movimientos y prácticamente a cometer un crimen que no tenías previsto: Charles Adjani...

—¡Tenía que haberte matado a ti también!

—Hubiese sido una muerte más, pero inútil. Dustin hubiera seguido hasta llegar a las mismas conclusiones que yo. ¿Vas a firmar o siso?

—¡¡SI... SI, SÍ!! ¡FIRMARE, PERO CALLA YA! ¡TE ODO, MALDITO SEAS!

—Llévatela, Dustin.

La tomó del brazo, haciendo cierta presión, para obligar a que se levantara. Sandra, desde el quicio de la puerta, se volvió para mirar a Maggie y Graham con una expresión oscura, despectiva, mezcla de cien distintos sentimientos. Rabia, odio, impotencia, abatimiento...

Era el fin para ella.

—Siento mucho el mal rato que le he hecho pasar, Maggie, y le pido disculpas por ello. Pero de haberla prevenido no hubiera estado usted todo lo convincente que hacía falta. ¿No era su intención ayudar a Eva? Pues ya lo ha conseguido.

Sonrió bondadosamente y dijo.

—El mérito sólo es de usted, sargento McKenna.

En aquel instante entró Noemí en el despacho y fue directamente a abrazar a su hermana.

—Ahora sí que podría aprovechar para pedir la mano de esta

preciosa señorita, ¿no?

—¿Por qué no viene usted a casa, Graham? Celebraremos una fiesta y creo que todos, yo, Malcolm, Eva, tenemos muchos motivos para darle...

—¡Oh, no, por favor! Nada de eso. Soy como Noemí. Me aburren los formulismos sociales y familiares. Y no me gusta tampoco que me den las gracias por el simple hecho de haber cumplido con mi obligación. A la boda sí les invitaremos, ¡desde luego!

—Pero ¿va en serio? —inquirió Maggie.

—Sí —cabeceó McKenna afirmativamente—. Ha hecho falta que sucediera todo esto para que... En fin, que nos casaremos.

—Y no faltará ni uno solo de la familia, se lo garantizo —anunció Maggie. Añadiendo—: ¡Ah!, y hasta es posible que me permita el lujo de gastarles una broma.

—Hazme un anticipo, hermanita —apuntó Noemí.

La otra miró alternativamente a la pareja con fingida indecisión.

—No sé si debo... Bueno, está bien. Le diré al organista que en lugar de la marcha nupcial toque... Aquel tapado de armiño.

Noemí y Graham se miraron con asombro y espanto, exclamando al unísono y con un gesto de cómico horror:

—¡¡NOOOOO!!

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

NOTAS

[1] En la obra HORIZONTES PERDIDOS, de Hilton. Shangri era el lugar paradisiaco donde se alzaba la fuente o manantial de la eterna juventud y donde jamás se envejecía. (Nota del Autor). < <

[2] Traducción literal al castellano: ¡HERMANAS! (Nota del Traductor). < <

[3] Frank Caudett para ofrecernos estos testimonios aclaratorios acerca del espiritismo, se ha basado en textos de su colega Allan Kardec, autor experto en esa temática, con diversas obras publicadas entre las que se cuentan: «EL EVANGELIO SEGÚN EL ESPIRITISMO» y «EL LIBRO DE LOS MÉDIUMS» (o Guía de los Médiums y las Evocaciones), entresacando de éste último volumen los retazos apuntados sobre el tema. (Nota del Editor). < <